

La Esfera

4 Agosto 1917

Año IV.—Núm. 188

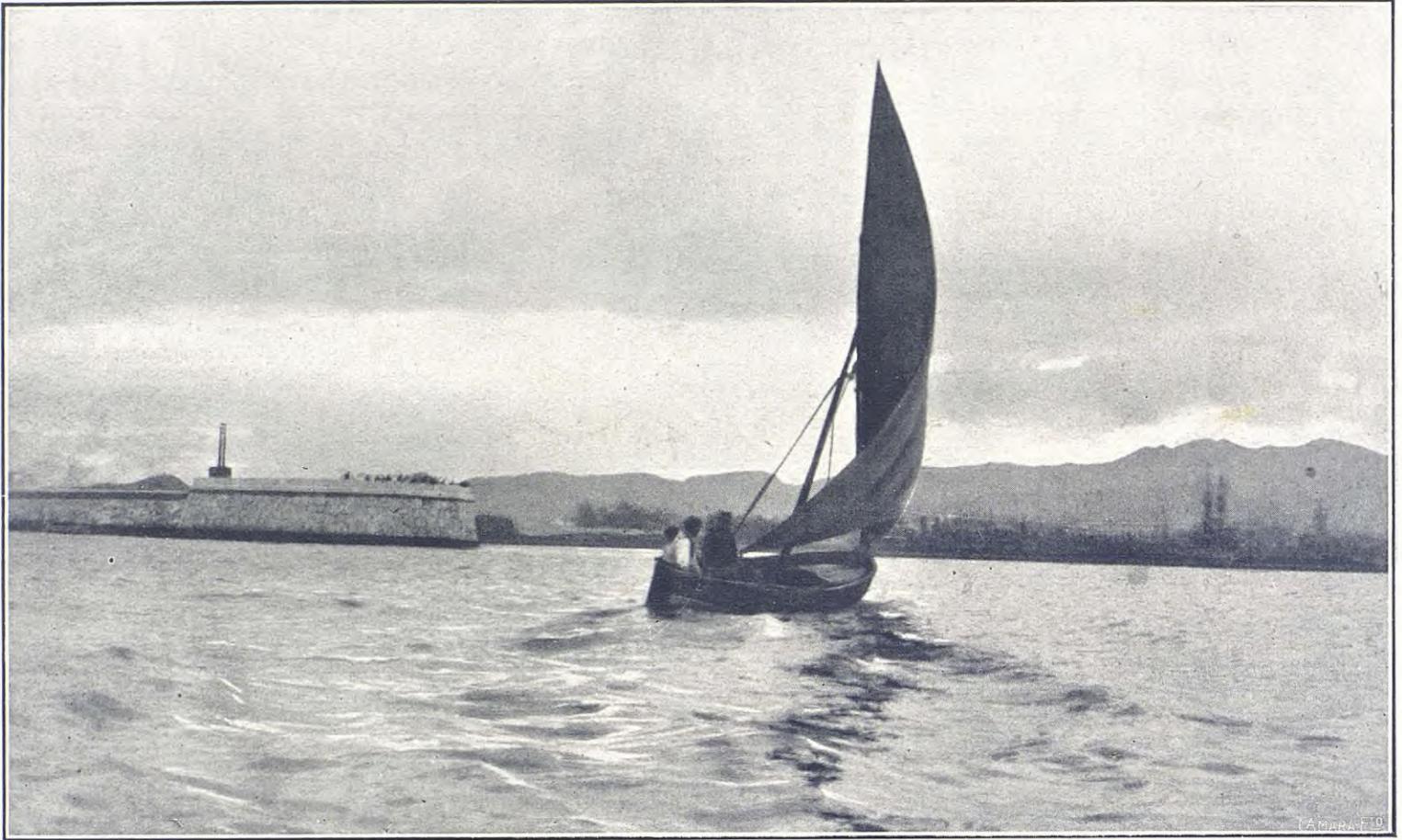
ILUSTRACION MUNDIAL



LA "MEIGA", cuadro de Pastor Agudín

DE LA VIDA QUE PASA

LA VISION DEL MAR



ESTE verano nos ha faltado la pintoresca literatura con que el insigne romancista Mestre Martínez empujaba á las gentes madrileñas hacia las playas de Gijón, Santander, San Sebastián y Alicante. Nos han faltado también los trenes baratos, aun los que había para ir en busca de un poco de oxígeno y, más que eso, de un poco de aire frío, á la cercana sierra. En cambio, Madrid, con sus menderos de los alrededores transformados en casinos, y con una mayor tolerancia en sus escrúpulos morales, como si el paupérrimo y á veces mal oliente Manzanares fuese el mar de Ostende ó las encantadas aguas de Montecarlo, donde todas las sirenas del Mediterráneo se congregan, ha hecho un alto en su costumbre, ya arraigada y cada año más extendida, de correr hacia las costas á gozar la visión del mar.

Un escritor cuyo nombre no necesita calificativos loables, Cristóbal de Castro, ha aprovechado la propicia ocasión para burlarse donosamente de los que van á padecer incomodidad y expolio en las andanzas del veraneo, y ha recordado la famosa campaña que contra el vicio de veranear hizo Eusebio Blasco, un año en que él, tan viajero, tan espíritu inquieto y ansioso de novedades, no pudo salir de su casón de la calle de Cervantes. También á Cristóbal de Castro le parece que los madrileños ricos y pobres hacen una tontería dejando la comodidad y el orden de sus hogares por las inquietudes y ajetreos y desaforada explotación que han de padecer en el Norte y en Levante.

Es cierto que Madrid es una ciudad que se transforma rápidamente y que cada día ofrece más pródigos atractivos á cuantos quieren gozar y divertirse; hasta es cierto que, desde que la pantorrilla femenina ha dejado de ser pecado para la austera moral de nuestras damas, antaño cancerberos del recato, se gobierna á la ciudad con una mayor licencia de costumbres públicas, que á muchos se les antoja una europeización suficiente. Ni aun negaré que, aparte dos grados más ó menos en el termómetro arbitrario que inmortalizó

Ferreras, y aparte misteriosa burbuja más ó menos de oxígeno ó carbono en la composición del aire, se está tan bien en la zona de recreos del Retiro como en el bulevar donostiarra; en las tabernas ennoblecidas del Manzanares como en el flamante Casino de Santander. Nos falta aquí el murmurio del mar y su olor acre y su brisa, y nos falta la grandeza de aquellos edificios; pero, en cambio, volvemos á casita en tranvía, acabado el espectáculo, y no tenemos que padecer la hostilidad extraña del hotel, las pedigüerías de la servidumbre y la altivez hosca y agresiva con que el hostelero nos desvalija.

Siendo todo esto cierto, es lamentable que Madrid...—¡qué digo Madrid!, que ambas Castillas enteras—no veraneen este año y no veraneen mucho más. Para mí, esta interrupción en el veraneo, producida por la escasez y carestía del carbón, y aun parece ser que por la falta de locomotoras, es un grave daño y un retroceso en una buena costumbre que se acrecentaba en Madrid cada año. Digo más: si España estuviese gobernada, se hubiese considerado que era una medida de buena política facilitar á las gentes el veraneo y abonar á las Compañías ferroviarias las compensaciones que hubiesen necesitado para poner trenes baratos. Lo de menos es la necesidad física y las razones médicas que aconsejen cambiar de clima. Habría de ser mucho menor el calor, más respirable el aire, más divertido el Retiro, menos groseros y salaces los revolcaderos de las afueras, más cuidadosa la autoridad municipal y menos torpe y tolerante la gubernativa, y yo escribiría aquí del mismo modo que hay una razón política que aconseja acrecentar el veraneo; que hay, en suma, una necesidad política de que Madrid salga á ver el mar.

Bastaría esto; el hecho concreto de que la clase media y el pueblo madrileños viesen el mar y gustasen su belleza y se asombrasen de su grandeza y les quedara en el ánimo la cuita y el deseo de volver á verlo, para que en la masa de opinión cortesana que con su quietud y su retraimiento gobierna, puesto que deja hacer, se fuese pro-

duciendo una mudanza que acabaría por corregir el yerro secular de la capitalidad. Porque, además, dada la configuración de nuestra patria, salir de la meseta central para ir á ver el mar es recorrer provincias que se desconocen y entrar en ciudades que desdeñábamos como lugares provincianos, recibiendo la sorpresa de que, fragmentaria ó totalmente, son más suntuosas ó modernas ó bellas que Madrid. Ir á ver el mar es atravesar montañas y llanuras de espléndida feracidad ó de cuidado cultivo que comparamos con nuestros yermos áridos; es conocer regiones industriales donde el trabajo afanoso nos parece un tormento ó una virtud heroica, é instintivamente surge ante nosotros la visión de nuestras muchedumbres desocupadas ó lentas. Cuando se retorna del veraneo se vuelve menos madrileño y más español; nuestro orgullo cortésano, que tantas veces ha sido y es la única política española, se abate ante la creciente grandeza provinciana. San Sebastián, en un plazo de veinte años, ha educado á nuestra aristocracia é influye ya en la vida de Madrid. Otras muchas ciudades de nuestra periferia, donde el mar no es ola de placer ni visión preciosa, sino fuente de trabajo y de riqueza, lugar de tráfico y de producción, reunión de todos los caminos del mundo, debieran educar con ideas nuevas y con exaltadas inquietudes á nuestra mesocracia y á nuestro pueblo.

Porque hay un hecho concreto que advertirá bien la perspicacia de artista y de pensador de Cristóbal de Castro. Hace doce ó quince años gobierna á España el prejuicio anticatalán; los más vivos dolores y los más graves daños nos ha producido. No existiera si Mestre Martínez, este hombre meritísimo que, burla burlando, ha hecho más bien á España que muchos campanudos estadistas y muchos sonados escritores, hubiera logrado establecer un *botijo* diario entre Madrid y Barcelona. Porque nadie niegue que si las dos ciudades se conocieran y compenetraran, fundiendo en uno solo sus opuestos espíritus, España sería otra España.

DIONISIO PEREZ

La parábola de Fray Francisco

Fray Francisco, en sus lejanas mocedades, cuando se llamaba tan sólo Francisco, era un tímido;

y así advino que al salir de la infancia para entrar por la juventud, sintióse ante la inmensa y compleja vida más pequeño y más débil que de niño, porque al dejar de serlo había perdido la osadía de la inocencia, y de otra no era él capaz...

Como todos los tímidos, Francisco era un sensible, y tendidas con exceso,

de amor que él hubiera querido humano, pero que no pudo serlo, porque la mujer que ensoñó los desvelos del místico no tenía de mujer sino la engañosa apariencia: fingido candor de unos ojos perversos; sedosa suavidad de unos cabellos áureos, que en verdad podían ser inexorable dogal, y blanda tibieza de un seno que, brindando placer y reposo, no era sino prisión y morada de inquietud y de dolor...

Por ello, Francisco, que era un

Hoy, Fray Francisco anda ya próximo á la orilla de la muerte y al descanso en la absoluta paz...

Y en su vejez, el santo gusta de la compañía de los inocentes, y llama así á los niños...

—Padre—le suplica una rapaza—, dícnle santo, y los santos son milagrosos... Haga el milagro de sanarme á esta muñeca rota...

Gravemente, Fray Francisco toma en sus manos el juguete, y luego de enhebrar con sus dedos temblorosos una aguja, es-



las cuerdas de su alma, vibraban con nota sobreguada, pulsadas por la mano del azar;

la misma mano que, en igual pulsación, arrancaba de otras almas, bien templadas, un sonido grave y tranquilo...

Por ende, Francisco era un anormal, é ignoraba ese equilibrio del espíritu que todo hombre ponderado obtiene, contrapesando los impulsos generosos del sentimiento con la inercia egoísta de la razón.

Así, tenía por insensato las gentes que flotan, en quietud, sobre el remanso de la banalidad;

y como de loco á santo no hay sino un paso, Francisco dió ese paso, y lo hizo movido por una insaciable sed de amor;

gran amoroso, cifró en el amor divino, libre de engaños, todas las ternuras de su corazón. Y elevándose á celestiales cumbres, pudo ya, desde ellas, y sin deseos, ni ambiciones, ni tristezas, tender sus brazos hacia todos los seres y hacia todas las cosas...

Y como el divino Asís, llamó á todos y á todas *hermanos*...

Fray Francisco fué, pues, serenamente, por la inmensa y compleja vida, que es mar de amargura;

y de las tormentas de ese mar librese, amparado por el seguro de su santidad; de su santidad, que no fué sino inmensa timidez...

mérase en cerrar, cosiéndolas, aquellas heridas abiertas en el cuerpo sin alma, por el tiempo.

Y mientras que tal hace, Fray Francisco sufre en su corazón de un dolor incurable: el dolor de haber vivido fuera de la vida, diciendo á todos los seres, indiferentemente, *hermanos*, sin jamás haber sufrido para poder decir, á uno, al menos, de esos seres, y con toda el alma, *hijo*...

Por lo cual, y para sí, el santo compara su propia decrepitud con la del muñeco sobre el cual van, esgrimiendo una aguja, sus dedos temblorosos;

y que no es sino un cuerpo sin alma, herido por el tiempo.

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1917

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



MARINA DE BRETAÑA, cuadro de J. Garter de la Peña

REFORMAS DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

DICE ANDRADE...

UNO de los aciertos de Dato ha sido llevar al departamento de Instrucción pública la figura de D. Rafael Andrade, entendimiento depurado y espíritu renovador que ya en la anterior etapa conservadora apuntó reformas muy beneficiosas para la enseñanza. Como quiera que Andrade no ceja en su nobilísimo empeño de oxigenar y purificar la instrucción pública española, nosotros, una de estas mañanas caurosas en que del cielo parecía caer fuego, nos dirigimos al Ministerio, con el deseo de escuchar de los mismos labios del ilustre político el esbozo de sus proyectos y reformas.

Era día de fiesta, por cuya razón el Ministerio estaba solitario. Solamente el ministro, con sus secretario y taquígrafos, laboraba en su despacho... Al momento fuimos recibidos...

La noble, recia y austera figura de este cultísimo ministro, que parece la representación de la formidable raza castellana, predispone en su favor.

Tomamos asiento y comenzamos nuestro interrogatorio.

—Por lo que veo, señor ministro, para usted no hay día de fiesta...

—El día de más fiesta para mí es el día que más trabajo—nos contestó sencillamente.

—¿Qué variaciones importantes y reformas se han hecho en su departamento durante el tiempo que ha estado en poder de los liberales?...

—Realmente, no se ha llevado á cabo ninguna reforma importante... Se han remendado algunas instituciones de enseñanza; nada más; pero yo entiendo que no son remiendos lo que necesitamos, sino una reformas fundamental que abarque desde el Consejo de Instrucción pública, pasando por el Ministerio, hasta llegar á la escuela.

—¿Qué programa de reformas tiene usted?

—Dentro de un partido y de un Gobierno mi conducta se ha de ceñir á las necesidades del partido y del Gobierno; porque, ya lo he dicho en otra ocasión: la enseñanza en España es un avispero, al cual hay que tocarle con muchas precauciones para que el reformador no salga maltrecho de su intento.

—¿Qué opina usted respecto al Consejo de Instrucción pública?...

—Opino que debe estar, principalmente, constituido por el profesorado. Debe ser un Cuerpo en donde se acumulen todas las experiencias de la enseñanza que puedan recoger los ministros en su actuación... Aspiro á un Consejo de Instrucción pública que, reunido dos veces al año en asamblea, delibere, y por su propia iniciativa proponga, y por iniciativa del ministro aconseje, pues constituyendo el mismo Consejo así formado profesores en representación de la enseñanza ser: Comisión asesora permanente del ministro. De gran trascendencia parece que es la purificación y desinfección de las fuentes donde nace el profesor. Los Tribunales de oposición me preocupan, y, si puedo, llegaré á constituirlos



D. RAFAEL ANDRADE
Ministro de Instrucción Pública

FOT. BARÓ

automáticamente; serán jueces del opositor los profesores que explican la misma asignatura en los centros docentes oficiales, y cuando no hubiese número bastante, se constituirá con profesores de asignaturas análogas. De esta manera, las organizaciones docentes del Estado serán las creadoras de sus propios profesores.

—¿Y sobre la división de la enseñanza?...

—Esa es hoy una verdad indiscutible; la separación de los estudios científicos de los puramente profesionales; y en conformidad con esta idea, yo sueño con la organización de un doctorado amplio, comprensivo de todas las enseñanzas puramente científicas, plantel de investigadores y de profesores, dando á este Centro superior de enseñanza todos aquellos medios económicos que por el decoroso haber dignifiquen al maestro, y los medios de trabajo, con todos los instrumentos que la labor científica moderna reclama—bibliotecas, laboratorios, viajes de profesores y alumnos—, todo lo que hoy no existe.

—¿Y sobre las Facultades?...

—Es una preocupación mía; después de organizadas las enseñanzas del doctorado, la organización de lo que hoy se llaman Facultades—y que yo llamaría Escuelas profesionales—, de carácter eminentemente práctico, y desmenuadas las enseñanzas en condiciones de que aquellos que las reciban presenten un título que les dé medios de vida, y no un papel-moneda universitario que, socialmente, no tiene la menor estimación. La creación, dentro de esta Escuela, de los peritos, cosa distinta de los títulos de licenciados, parece-me de una necesidad absoluta... Hace muchos años que vengo preocupándome de la enseñanza media de los Institutos... Observe usted un fenómeno muy curioso: aunque el favor haya hecho algunas veces presa en el profesorado de los

institutos, es cosa cierta que jamás fué elegido ningún incompetente: en nuestros Centros de enseñanza se sabe hoy todo lo que se sabe en el mundo, y, sin embargo, nuestras enseñanzas no dan los resultados sociales que debieran dar. Lo tenemos todo, y parece que no tenemos nada. Culpa de esto es la mala organización de las enseñanzas... De todas ellas, la peor organizada es la de los Institutos; con los mismos elementos con que contamos y con otros brillantes de las Escuelas Normales, yo acaricio la idea de un Instituto en el cual se realicen estos tres fines: cultura general, preparación para las enseñanzas superiores y la formación de maestros que fueran los pedagogos que dirigieran las escuelas urbanas; porque por muchas razones—y no es la de menor peso la de orden económico—se impone la división real de la enseñanza primaria. No es lo mismo una escuela rural que una escuela de pueblo ó ciudad importante... Yo quisiera llevar á esta enseñanza primaria elementos que en los pueblos existen y que hoy no se utilizan. No hay aldea de mediana población en la cual no haya un párroco, un médico, un farmacéutico;

tal vez un perito, siempre un veterinario; es decir, elementos suficientes para constituir una pequeña Universidad. ¿Por qué no hemos de utilizar este elemento de cultura en las escuelas? En fin, mi querido amigo, en mis propósitos entra el acabar con las huelgas estudiantiles...

—¡Caramba! ¿Y cómo?—pregunté, sorprendido, recordando mis revoltosos tiempos de estudiante.

—No por la fuerza; esto sería imposible é impropio de mí, sino creando entre los estudiantes y profesores espíritu corporativo y haciéndoles á los unos y á los otros amables los centros de enseñanza por medio de bibliotecas, salones de estudio, *sport* y recreo lícito... Sueño con establecer la escuela urbana en grados que, comenzando por el elemental, termine en superiores; con las enseñanzas de oficios; con las escuelas nocturnas para esa juventud que las necesidades económicas separan de la escuela apenas ha cogido las primeras nociones de enseñanza, que pronto olvidan, cayendo en el espantoso analfabetismo... ¡Hay tantas y tantas cosas que hacer!... Pero, en fin, hoy terminamos aquí, y le repito lo que le decía al principio: «Mi pensamiento está sujeto al del Gobierno y sus necesidades; si cuento con medios, haré cuanto pueda; si no, me limitaré á administrar la enseñanza con honradez y justicia, sometiendo, en su día, á las Cortes mi proyecto de ley de bases para la redacción de una general de Instrucción... Echaré la semilla, y si fructifica, mejor, sea quien fuere el que recoja el fruto. Y nada más. Puede usted asegurar que en el Ministerio de Instrucción pública hay un hombre de buena voluntad.

—Que es lo más interesante—terminamos.

EL CABALLERO AUDAZ

DE NORTE A SUR

"El Fuego" y Enrique Barbusse

He aquí un libro excepcional que produce el efecto de un hombre íntegro y verídico que dijera sencillamente la verdad en una asamblea de charlatanes, de embusteros y de pedantes. Después de tantos libros creados al trágico resplandor de la guerra; después de tantas recopilaciones de crónicas sentimentales ó pseudo técnicas: después de tantas novelas que ó soslayan la guerra ó pretenden reflejarla sin otra autoridad que una rápida visita á las trincheras, acompañado el autor por un oficial del Ejército; después de tantos enconados panfletos partidistas, vemos que la guerra aún no había sido mostrada tal cual es.

Todo ha contribuído á desorientarnos, á falsearnos la visión exacta de la realidad. Entre esa enorme serie de volúmenes, donde hay algunos nuestros, podría salvarse á ratos la literatura; pero rara vez encontraremos la verdad con toda su crudeza, con todo su dolor, con toda su cóncava desesperación.

Esta verdad sólo se encuentra en *Le Feu*, la obra de Henri Barbusse, escrita, no lejos de la guerra, sino en la guerra misma; no como el producto de unas visitas teatrales á las trincheras, sino como la consecuencia de todo un año hundido en el lodo, en la miseria, en el ciego destino y en el bárbaro embrutecimiento.

Para los patrioterros del chinclín y de las cornetas y de las batallas con generales cubiertos de plumas y bordados, sobre caballos caracoleantes, este libro es un reproche austero y viril. Leyéndole, muchos escritores franceses de los que gargarizan las palabras gloria, victoria, honor y muerte desde sus confortables despachos ó cobrando á cientos de francos el artículo, habrán sentido un bochorno cálido en sus mejillas. Y al decir franceses, se sobreentiende alemanes, ingleses, italianos, rusos. Porque *Le Feu* alcanza la universalidad de las obras perdurables, capaces de ser comprendidas y exaltadas en todos los pueblos.

Y en todos los pueblos se han escrito ahora artículos y libros patrióticamente engañosos, inflamados de una antihumana exaltación del crimen, del robo y de la crueldad, disfrazándola con frases alisonantes, huecas.

En *Le Feu* no encontraremos nada de esto. Es la obra de un gran escritor que ha descendido con millares de hombres á ese infierno húmedo, putrefacto, de las trincheras, y cuenta lo que ha visto, lo que ha sufrido y lo que ha pensado.

No puede leerse esta obra sin que á momentos nos enferme de angustia y de asco y de terror. Nada oculta ni nada disfraza. Arroja á los hombres del otro lado de la guerra el espectáculo terrible. Su realismo es feroz é implaca-



HENRI BARBUSSE
Ilustre novelista y poeta francés

ble; su alejamiento del romanticismo literario y de la patriotería, absoluto. Después de leer *Le Feu* no es posible que nadie defienda la guerra, ni siquiera los que viven de ella y para ella.

He aquí la grandeza de Francia, la supremacía espiritual de Francia sobre todas las naciones del mundo. *Le Feu* es un libro contra la guerra, contra los mercaderes de la guerra, contra los políticos belicosos. *Le Feu* es todo lo contrario de una propaganda á la manera de las aparatosas y fanfarronas de Inglaterra, por ejemplo. *Le Feu* muestra hasta qué punto se le embrutece, se le abandona, se le asesina ó se le enferma de un modo incurable al hombre en esta hecatombe actual. En *Le Feu* no asoma un solo instante el odio á Alemania y hay un tácito respeto para los fraternos dolores del ejército germánico.

Y sin embargo, Francia otorga á *Le Feu* el premio de la Academia. Concourt y deja que circulen miles y miles de ejemplares por toda ella y por las demás naciones aliadas y neutrales.

En Alemania este libro, escrito por un alemán, hubiera sido prohibido. En España se hubiera pensado en fusilar á su autor, después de destruir la edición y meter en la cárcel hasta al corrector de pruebas.

Terminada la guerra, *El Fuego* será traducido á todos los idiomas—al alemán inclusive—y permanecerá como algo supremo y decisivo en la literatura contemporánea. Representa, expresa la guerra actual como ninguno de sus coetáneos, y esta significación le hace necesario y docente.

Imaginamos para después una edición ilustrada por los dibujantes, por los pintores que cual Henri Barbusse han estado en la guerra, y estos comentarios gráficos, tan distintos, tan desenmascaradores de la mentira convencional de la fotografía, duplicarán su fuerte elocuencia.

Aparte del valor documental y de la trascendencia ideológica de *Le Feu*, representa este libro para el público la revelación de un gran escritor que da á la novela moderna una contextura original y palpitante de vida. El estilo modela las descripciones con un raro vigor y una plasticidad perdurable. Desligados á primera vista episodios y figuras, se hallan ensartados prietamente para alcanzar la totalidad del conjunto.

Se piensa que este procedimiento aparentemente fragmentario, debajo de la grandeza universalizadora de la concepción literaria que iguala á este hombre de hoy con los genios de las tragedias clásicas, es sólo una lógica consecuencia del ambiente y del propósito que han dado vida á *Le Feu*.

Nada más lejos de la realidad este juicio. Para concebir tal grandiosidad y para relatarlo con tal maravillosa precisión el novelista, no ha tenido que rectificar su estética ni su temperamento. *Le Feu*, si es su obra suprema, está dentro de la trayectoria literaria de Henri Barbusse. Responde como una hermana á la fraternidad de los libros anteriores.

Henri Barbusse nació en Asnières el año 1874. A los veintinueve años, en 1895, publicó un libro de

poesías titulado *Pleureuses*. En 1905 publicó su primera novela *Les Suppliants*; en 1905 funda, con Pierre Lafitte, la revista *Je sais tout*; en 1908 publica *L'Enfer*, libro extraño, desconcertante, en el que hallamos los antecedentes del estilo y de la estética y de la moral social que culminan en *Le Feu*. En *El Infierno* se asoma á la humanidad desde un agujero que hay en la pared de un cuarto de hotel y ve desfilan por el cuarto contiguo las parejas más diversas y representativas. En 1910 publica *Nous autres...*, serie de cuentos y narraciones. Por último, después de retar á la muerte en esta tragedia que comenzó el año 1914, publica en 1916, *El Fuego*.

Gonzalo Zaldumbide, autor de la obra más precisa y admirable que se ha escrito sobre D'Annunzio y que muerto Rodó es el primer crítico americano que escribe en lengua española, ha interpretado á Barbusse con una comprensión apasionada. A propósito de *L'Enfer* escribió este juicio que podría resumir ahora *Le Feu*: «Las pálidas figuras que se mueven en una perspectiva de sueño, no anudan intriga alguna cuyo desarrollo escénico pida un mañana, una continuación; cada uno de estos personajes parece vivir, mientras está ante nuestros ojos, toda su vida, con toda el alma. Los episodios se siguen descosidos, improbables, pero alucinantes. Se siente que el autor va transportado por su poder creador como una fuerza externa ó por una alucinación; de ahí que la emoción brote irresistible y fije en páginas vividas las más extraordinarias visiones; nadie puede decir que no ha vivido de verdad lo que tan hondamente le ha estremecido.»

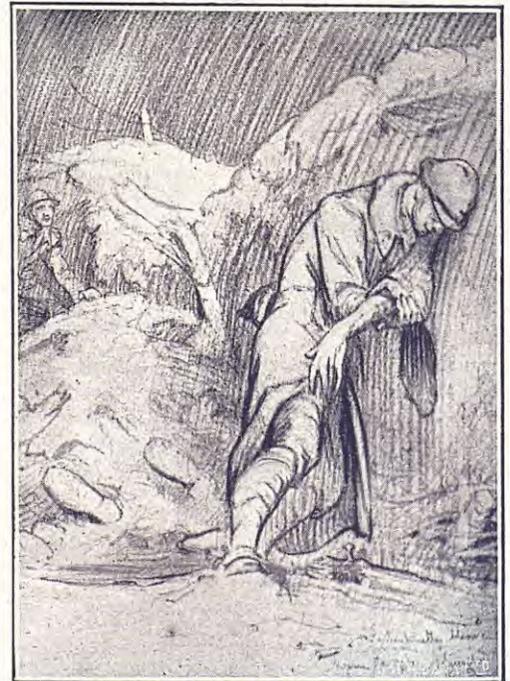
Y esto que demuestra cómo *El Infierno* alcanza cumbres de belleza y de grandiosidad inaccesibles para casi todos los escritores franceses contemporáneos, asciende más aún en *El Fuego*, el libro azotador, devastador como su nombre, cuya consecuencia queda expresada en las siguientes frases del capítulo final:

«Te dirán—gruñe un hombre arrodillado, inclinado, con las dos manos sobre el suelo y sacudiendo los hombros como un dogo—«amigo mío, has sido un héroe admirable». ¡Yo no quiero que me digan eso! ¿Qué es eso de héroes, de gentes extraordinarias, de ídolos? ¡Vamos, hombre! Hemos sido verdugos. Hemos hecho honradamente el oficio de verdugo. Y volverá á hacerse sucesivamente, porque es grande é importante practicar este oficio para castigar la guerra y para ahogarla. El gesto de matanza es siempre innoble. Algunas veces necesario; pero siempre innoble. Sí. Duros é infatigables verdugos. Esto es lo que hemos sido. ¡Pero que no me hablen de la virtud militar porque haya matado alemanes!...»

José FRANCÉS

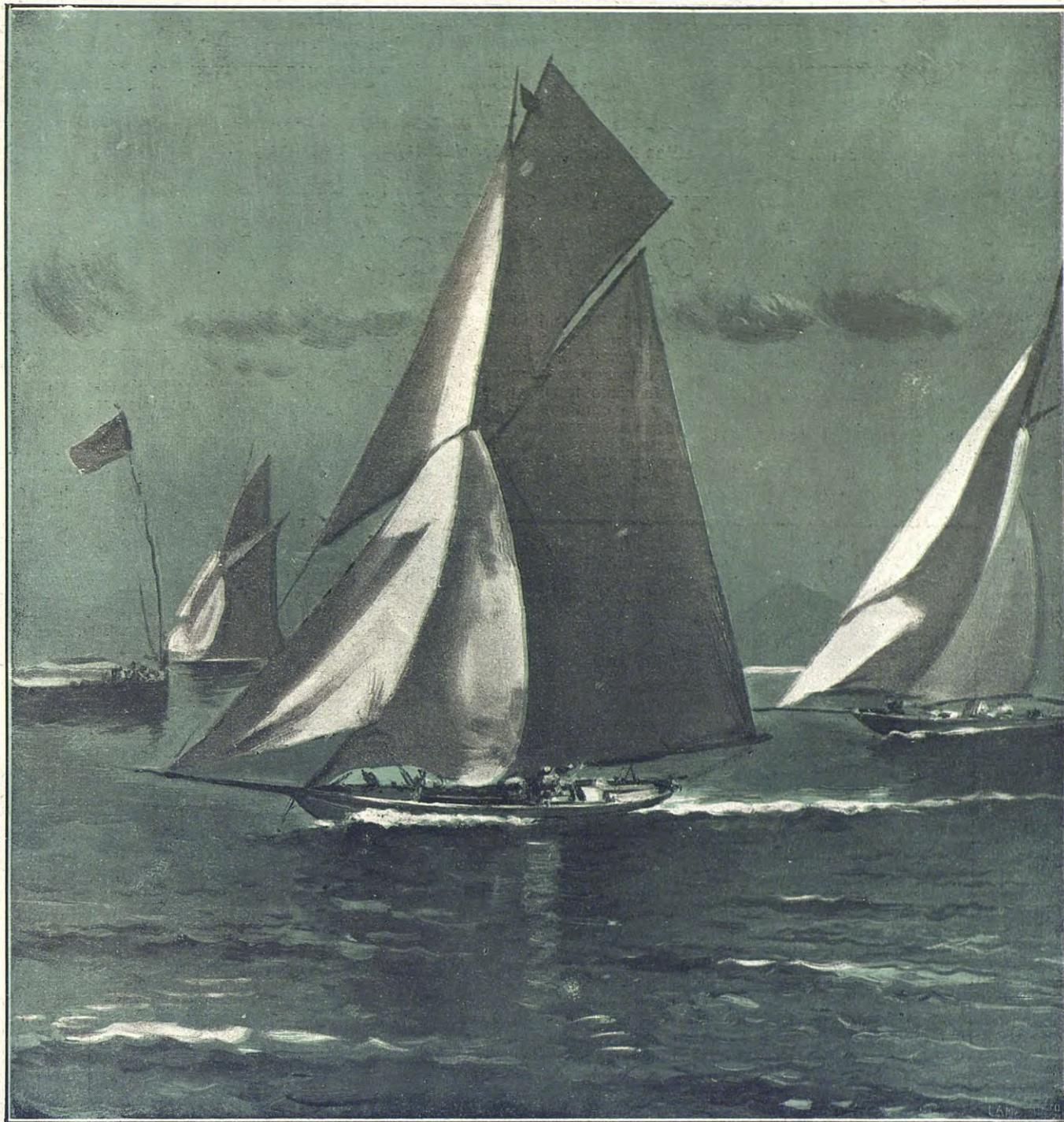


"Durante el bombardeo", dibujo del teniente Gueritot, muerto en el frente



"El centinela herido", dibujo de Gueritot, que figuró en el "Salon des a. mées"

VEÍAS LAS REGATAS



Los muelles, rumorosos
de gentes apiñadas;
el cielo, lleno de aves;
el mar, lleno de lanchas.
Flotantes banderines
de boyas alineadas
marcaban el lejano
confín de la regata,
y en palios de sombrillas
—dorseles de las barcas—
dormíase entre encajes
un sol como de plata.

Llegaste, con amigas
que fueron tus comparsas,
triumfalmente morena
entre tus sedas blancas,
serenamente hermosa,
augusta y mayestática,
lo mismo que una reina
seguida de sus damas.
En tus nerviosas manos
traías el programa,
y en tus ojazos negros

una impaciencia cálida.
Tu vanidad en lucha
frente á las yolas blancas
fué y puso los gemelos
cerca de tus pestañas.
—“Ya lo veréis—dijiste—
Ya lo veréis si gana...”—
Y los gemelos tiemblan
entre tus manos pálidas...

Las yolas, como pájaros
tendidos sobre el agua,
entre un callar de misa,
volaron blancas, blancas...
Era tu pecho joven
otro mar en batalla,
con olear de encajes
entre colinas cándidas...
Temblaban los suspiros
entre tus labios grana;
temblaban los gemelos
entre tus manos pálidas,
y cuando estalló el “¡Hurra!”
triumfal de la regata,

—“¡Perdió!”—te oí, en desmayos
de reina destronada...

Tus manos, nerviosísimas,
rompieron el programa,
con elocuencia muda
de indignación y rabia,
y cuando, ante nosotros,
el vencedor pasaba,
caíste en la silla
llorando, avergonzada...

Brilló, como arco iris,
el hilo de tus lágrimas...
—“¡Perdió!”—te oí, en desmayos
de reina destronada,
y allá, en la lejanía,
siguiendo otra regata,
las yolas, como pájaros,
volaron blancas, blancas...

Cristóbal DE CASTRO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



Varios modelos de anillos de hierro forjado, ejecutados por Muñoz y Morató

ARTISTAS CATALANES

EL FORJADOR MUÑOZ Y MORATÓ

ARTE noble, viril y brava ésta que, á través de diversas eufonizaciones, ha llegado á cristalizar en el bello nombre de la forja. Arte que está toda ella inflamada por los resplandores del horno y conserva el eco rotundo de los martillazos. Arte que habla con el acento grave, sonoro y altivo de otros siglos en la alfeñiquería de presente.

Y arte bien catalán, en fin, porque Cataluña le dió una supremacía inconfundible y la ligó á su historia como un símbolo expresivo. Pocas artes como esta de trabajar el hierro á martillazos, entre la ardorosa caricia de las llamas, dan tan exacta idea del espíritu catalán, indomable á través del tiempo y labrando de un modo fuerte y característico su vida propia. El ejemplo de los maestros montañeses de ayer conserva hoy toda su elocuencia y todo su prestigio. Desde aquellos forjadores que, á martillazos, crearon la maravilla férrea de las puertas de *Notre Dame*, hasta los modernos intérpretes del pensamiento de arquitectos como Gaudí y Puig y Cadafalch, se destaca siempre la supremacía del hierro artístico catalán.

Y aquella austera belleza, un poco primitiva, que tienen las cruces y los aldabones del *Cau Ferrat* de Sitges, se encuentra á cada momento en las herrerías barcelonesas que hay en esas calles antiguas de Barcelona, cobijadas á la sombra de la Catedral.

La tradición no se interrumpe. Sufre alternativas diversas. Desciende y se levanta; pero no desaparece nunca, y así aquel virtuosismo del arte que repujaba y cincelaba el hierro como si fuera un metal precioso, renace en hombres contemporáneos del aeroplano y del cubismo.

He aquí uno de estos hombres. Se llama Enrique Mu-

ñoz y Morató. Frente á su «farga» añade capítulos, harto más bellos que si fueran literarios, á la obra *Hierros artísticos*, de Luis Labarta. No es un artesano que copia en el hierro lo que la fantasía ajena trazó sobre el papel. Es un creador y un continuador del orgulloso arte, ajustándose á las normas estéticas perdurables.

Desbasta el hierro en caliente; lo trabaja en el chispeante fragor del horno, y obtiene más gallarda perfección que en los bronceos á «la cera

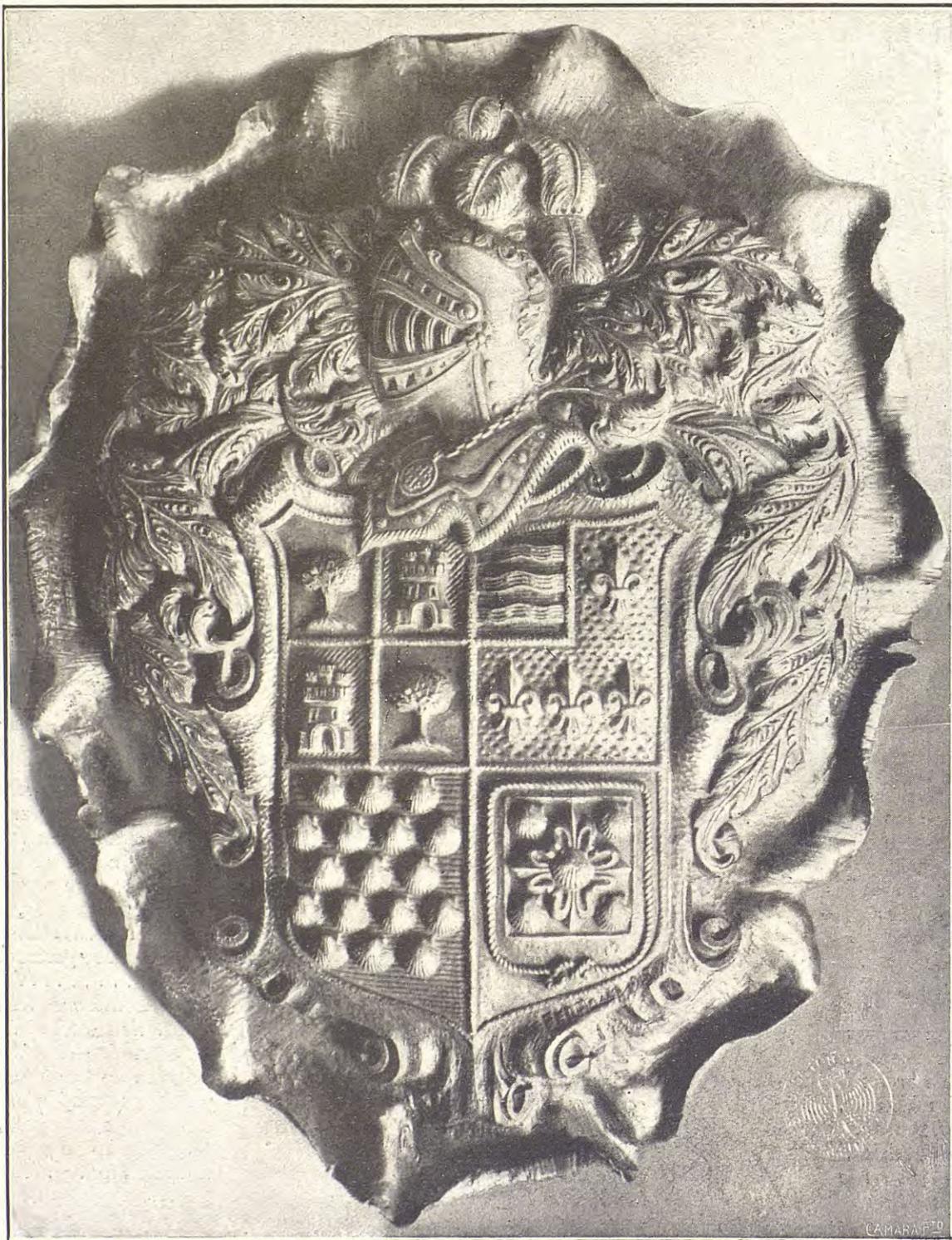
perdida. Hallamos en él los viejos motivos decorativos en simpática fusión con personales estilizaciones de contemporáneos ejemplos. Los rosetones de gótica traza, los lirios esbeltos, tan irrefutablemente catalanes; los dragones alados, los heráldicos emblemas, las pícaras figuras sorprendidas en tallas corales y en capiteles de viejos claustros; los puros perfiles de antiguos camafeos y los animalejos que fueron sagrados en arcaicas civilizaciones. Muñoz y Morató tra-

baja el hierro desde hace poco más de trece años, con este ahinco firme, seguro y permanente. Fué un espíritu giróvago y un trotamundos romántico. En Italia y en Francia pintaba paisajes: rivalizaba con Agustín Ferrer, otro artista catalán de quien se habló ya en estas páginas (1), en las pinturas ornamentales alegradas por la tradición helénica.

Hubo de tornar bruscamente á Barcelona. La muerte de su madre cambia la ruta de su vida. Busca para el filial dolor el aturdimiento del arte nuevo para él. Como un corazón, el hierro blando, rojo y ardiente se le ofrece para trazar sobre él las bellezas inéditas ó recordadas. Son entonces los primeros ensayos, los tanteos torpes, el prólogo de esta perfección alcanzada ahora.

Físicamente Muñoz y Morató da la sensación fuerte y brava de su arte. Lo imaginamos como un modelo de Rembrandt ó de Brangwyn, medio desnudo en el diabólico contraste de luz y de sombra, levantando el martillo con los brazos atléticos y respondiendo los chispazos del pensamiento á los chispazos del hierro golpeado.

Poco á poco ha logrado destacarse, alzar el nivel de su reputación. Así como la forja depura el concepto de la fragua, as-



Escudo nobiliario de plancha de hierro repujado, de una sola pieza, obra de Muñoz Morató

(1) Véase el num. 36 de LA ESFERA.



Arquetas de hierro repujado, originales de Enrique Muñoz Morató

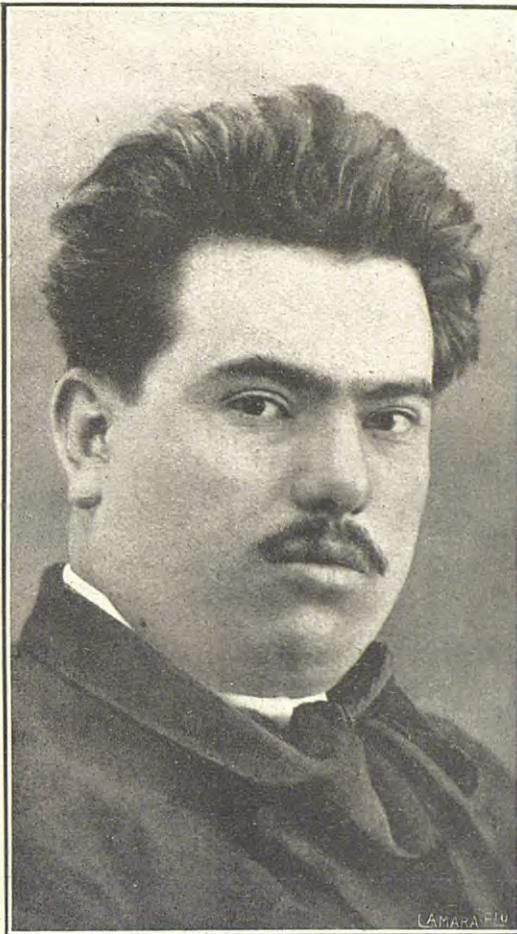


ciende de artesano á artista Muñoz y Morató. Su nombre empieza á ser citado; comentada su obra, y frente al excesivo afrancesamiento de la pintura ó el helenismo intranscendente de la escultura de los jóvenes artistas, el forjador va realizando su arte,

donde resurge la tradición catalana con todas las variantes evolutivas y con el fondo puro é íntegro de la raza.

Trabaja lo mismo en grandes piezas, como este escudo nobiliario, que en las menudas joyas de un gusto bárbaro y suntuoso, ó en las arquetas que sugieren el recuerdo de orfebres del siglo xv.

Y también las joyas menudas, que sustituyen á la frivolidad ostentosa del oro, la nota grave y severa del hierro. Son anillos que parecen forjados para ceñir los dedos de las heroínas de las tragedias sombrías de Shakespeare; alfileres que en una corbata de un alfeñicado ele-



ENRIQUE MUÑOZ MORATÓ
Notable forjador y repujador catalán

gante de hoy desentonarían un poco...

Podría, á querer, desviar, ampliar su pericia á otros metales más agradecidos y preciosos que le dieran mayor popularidad y mejor fortuna. Pero ama el hierro con el fervor apasionado de un *mestre de treballs en ferro* de otro tiempo. Quiere demostrar de un modo práctico y afirmativo hasta qué punto puede retar con éxito, las artes menos viriles y más coetáneas. Ya esto sería respetable y admirable por el solo hecho de intentarlo; pero lo realza y destaca después lo feliz del resultado, el triunfo de este hombre membrudo y rudo sobre el hierro, al que no solamente obliga á decir frases bravas y heroicas de romancero, sino las sutiles, dulcísimas de un madrigal amoroso ó las ascéticas de una oración...



SILVIO LAGO



Marco de hierro repujado con gemas incrustadas



Palma forjada y repujada



"San Francisco de Asís", pila de agua bendita

MIENTRAS LOS PUEBLOS MUEREN
DRAMA RURAL



TAN luego como en el solejar de la casona hubo chinar de pájaros, Miguel desperezóse, y tras lavotearse con estrépito y husmear en la alacena, salió hacia las huertas del concejo.

El huerto de Miguel está junto al ejido de la torre de la iglesia mayor, lindero de la olmeda rectoral, y dan á él los ventanales de la claustro, por los que salen, á veces, bocanadas de incienso y los dejos de un órgano cascado, entre el continuo pasar y repasar de golondrinas. No lejos, pasan rumoreando los meandros y regatillos en que el piélagos rompe su anchurosa calma, y por sobre el musgo florido de las bardas se alza un bullicio luminoso de abejas.

No bien hubo traspuesto Miguel el postigo del huerto, y antes de comenzar la matinal tarea de abrir viales, relimpiar los tablonces de llantas y vaciar el pozo echando el agua serenada en la breve vertiente de los surcos, siéntase al cobijo de la parra, en el cara sol del huerto, y mira por encima de los tapias fronteros las casas aledañas, á la sazón en que en la angosta ventana verdinegra de la más blanca y remozada, una lozana

cara de mujer sonrío. Cual si el eco de los pasos del mozo y el rechinar de la alguaza en el postigo hubiesen sido nuncio del portento.

Todas las albadas acaecía de igual guisa, y en todas como en ésta, Miguel y Lorenza se contemplaban con especiado deleite.

□□□

Tarde de otoño y de vendimia. Apenas si de muy tarde en tarde pasa un acarreador por las veredas que, en semejantes días, antaño, eran hervidero de mulos y gañanes serranos que en ajeteo de hormigas iban y venían con rebosantes cestos, rezumando mosto hasta por los redones.

Las cuadrillas, breves y distanciadas, no consiguen dar la impresión de bullicio y de fiesta geórgica, ni en ellas hay pláticas de amores, ni florece la copla, ni renace la égloga en la rusticidad galante del lagarejo.

Hay poco humor para que se ande en chanzas y canzonetas, y han de correrse muchas cuestas de viña para cortar una carga, y no hay lugar á entretenerse en regodeos ni en bobainas. Ogaño fué la cosecha corta, y lo más á temer es que

cada año mermará más, y no está muy lejos aquel en que no sea preciso labrar lagares ni juntar cuadrillas.

Ya vencida la tarde, Miguel y el tío Juanote regresan al pueblo por un áspero atajo solitario. Cuenta el abuelo al mozo cómo hubiérales sido imposible caminar por tales sitios si la ignorancia y la codicia no hubiesen talado las encinas añosas y los robles corpulentos, que tan enmarañado e intrincado era el monte, que era difícil y medroso el cruzarle en estas horas en que la luz no había fuerza para penetrar bajo las copas. Mas ahora, sólo de trecho en trecho se topan con una encina condenada á morir, con la sentencia escrita en su tronco á filo de hacha.

Al llegar á las tierras arroyadas, lamenta el viejo que cada año sean más traidoras las heladas y más dañinos los pedriscos, por no haber árboles que defiendan á la tierra, y á la postre ha sentenciado, sigiloso, que al igual que las tierras empeoran, empeoran los hombres, y harto será que en viniendo el invierno no tengan que sentir los ricachos del pueblo ó los abarqueros que bajan al mercado los miércoles, que desde que ma-

taron al tío Ponchirles por robarle el gato, no fiara la bota á sus vecinos.

Callaron. La apacible serenidad del campo despierta en el ingenuo corazón del mozo un impreciso horror de sepultarse en aquel lugarón y entre tales gentes, y siente un deseo de caminar sin rumbo ni objeto, por solo el placer de errar á la ventura.

□□□

El próximo invierno asusta hasta á los más fuertes jácaros del lugar, que nunca hubieron penas ó diéronse maña para ahogarlas en vino. No se encuentra un jornal ni para un amparo, y á los montes es mejor no nombrarlos, para no emberrenchirse recordando los años en que aun con nieve en la nebrada, era cuestión de un credo el cortar tamaros ó astillar un tocón, hasta escoger unos rayos ó unas pinas, á ciencia y paciencia de los civiles, malos atajadores y centinelas de intento, porque tendrían que ser peores que el Draque para quitar el hacha á los braceros en años semejantes.

Esta alzada de hielo y escarcha, Miguel y Lorenza no se han visto.

En el huerto están negras las plantas quemadas por el hielo, y Miguel huye de estarse brazo sobre brazo, encerrado en las tapias, para evitar cavilaciones y recuerdos.

A pesar de su ausencia, Lorenza ha entreabierto su ventana, desperezándose, ha contemplado vagamente el huerto y ha esperado largo rato, aunque con el distraimiento indiferente de quien está cierto de la inutilidad de su espera.

Muy luego, al sonar en la torre la primera llamada, Lorenza ha mirado más vivamente al huerto y se ha ocultado suspirando.

□□□

Al salir de misa Lorenza y la madre de Miguel, se han encontrado en el atrio de la iglesia.

La abuelita cuenta sus penas y sus miserias á la joven, que las siente aún más hondamente. Hasta las ropas galanas de su mocedad, que pensaba regalar á Lorenza para que el casorio fuese de rumbo, ha vendido la pobre, y no la mienta las arracadas de oro ni los collares de rico aljófara, que, por ser de su madre, ni á recordar que los vendió se atreve.

Así llegan hasta la casa de la vieja, y al entrar en ella las dos mujeres lloran abrazadas.

Y Miguel, impotente para remediar tan hondos sufrimientos, se ha sentido cobarde, y á grandes pasos ha comenzado á errar por los alrededores del lugar, nervioso y pálido.

□□□

Muévese descompuesta algarabía en la aldea y un desusado ir y venir de gentes presurosas que llena de bullicio las calles y llena de curiosos las ventanas.

En un pronto se creyó que eran los húngaros quienes llegaban, y hasta no faltó quien pensa en levantar cruzada contra ellos, tocando á conquejo á tal objeto. La caravana viene por el sendero de la serna, que, por ser estrecho en demasía, alarga el grupo numeroso, formando interminable procesión.

Al entrar en el pueblo el extraño cortejo, aun que no sonará la campana suelta, ladran los perros furiosamente, escóndense medrosos entre las faldas de sus madres los chicos, y en todos los rostros adviértese un gesto de contenida hostilidad.

Más los pobres romeros poco temor pueden infundir. La triste caravana es un pueblo que abandona su tierra y su lugar, desahuciados por el hambre y las deudas. ¿Para qué relatar cómo ha sido ni quién fuera la causa?—han explicado á los vecinos asombrados. Sólo sabemos que allí quedan las casas en que murieron nuestros padres y nacimos nosotros; allí la iglesia en que nos casamos, y allí las tierras santificadas por el trabajo de tantas generaciones.

Y parte el corazón á los lugareños, cuyo ceño se ha desarrugado y escuchan embobados y cariacontecidos, cual si escuchasen el relato de sus propios males, el oírles contar á los emigrantes cómo después de despedirse cada cual de su casa y besar los quicios de las puertas, hicieron juntos

la postrera oración en su iglesia, y cómo entre el llanto y los ayes de las mujeres oyeron el adiós de la campana que cantó en sus fiestas y lloró en sus duelos; y, más aún, cómo al salir por los campos yermos, volviendo sin cesar la vista hacia el poblado, toparon con las tapias del camposanto, en donde descansan los que, menos desgraciados que ellos, no hubieron menester abandonar su tierra.

Miguel ha reconocido entre los emigrantes al cabo del regimiento en que él sirviera al Rey allá en la capital. Acostumbrado á la holganza del cuartel y á la vida de jábeda que con otros gazafates como él viviera en la ciudad, el compañero de Miguel es el único que marcha alegre y ansia cuanto antes embarcar y verse en la Argentina,

de Miguel á quien confiara el cuidado de su madre.

No han sido menester palabras. Miguel retorna presuroso, entre las mofas de sus compañeros de unas horas, y la ansiedad le hace creer interminable el regreso.

Tras de atravesar el pueblo, sintiendo un extraño temor por haber estado cercano á perderle inconscientemente, llega el mozo á su casa.

Y ante el lecho en que su madre, enferma de sorpresa y dolor, yace en desmayo, jura Miguel no abandonar su tierra, aun cuando hubiera de perecer de hambre. En todas partes, piensa, hay un cacho de cielo en que soñar y un trozo de tierra á que arrancar el pan, y ésta, la suya, que



donde se promete felices ganancias, no pensando que en romerías de destierros sólo pueden lograrse veneras de dolor.

De tal modo presenta liso y llano el artificio de sus fantasías y maquinaciones, que Miguel, viendo clara la empresa del Nuevo Mundo y segura la vuelta, concluye por decidirse, y al reanudar la marcha el pueblo errante, ha comenzado á andar maquinalmente.

□□□

Es aún de noche cerrada. Sólo por tierras de Temblares hay una leve claridad difusa. El grupo de los vagabundos es una mancha oscura é imprecisa que se arrastra con un sordo rumor.

Pensaban hacer alto en Peñas Blancas, junto al portillo de Muñalva. Mas pronto los ha dado alcance un labriego que, al trote de su desmedrada cabalgadura, llega al pueblo. Es el pariente

pronto guardará el cuerpo de su madre, ¿habrá de ser ingrata á su trabajo?

□□□

Nace el sol bravamente y está el cielo diáfano y luminoso. Los árboles están cargados de flores blancas, y todo el huerto tiene fresco verdor de lozanía.

Miguel remueve la tierra de las lindes y á ratos desencorva su cuerpo, entolda la vista con la mano callosa y mira hacia las casas aledañas. Al tiempo en que en la más blanca y remozada una lozana cara de mujer sonríe.

Todas las albadas acontece de igual guisa, v en todas como en ésta, Miguel y Lorenza se contemplan con especiado deleite.

ARTURO PEREZ CAMARERO

DIBUJOS DE CEREZO VALLEJO



Dos típicos patios cordobeses

DEL ALMA ANDALUZA PATIOS Y CANCELAS

EN una carta particular me decía, en cierta ocasión, Cambó, que el problema español, que es, en suma, la lucha que vendrá entre Barcelona y Madrid, entre Cataluña y Castilla, sólo podrá resolverlo en paz la intervención de una ciudad andaluza: la intervención de Sevilla. Poco después, un notable escritor navarro, Ezequiel Endériz, nos comunicaba desde un periódico de Pamplona: «Es que si Andalucía—decía, poco más ó menos; tal era su pensamiento—no sigue á las regiones que quieren liberarse; si va á ser un peso muerto que tendremos que arrastrar, cortaremos los lazos que nos unen á ella y la dejaremos sola.»

Ciertamente, en la dinámica española, la quietud de Andalucía, su resignación y su indiferencia, tienen un valor decisivo. En todo el alborotado siglo anterior, los sucesos definitivos se producen cuando Andalucía interviene, cuando sale de su modorra y tiene pensamiento y acción. Sin ella, España no parece España. Es como la flor en la planta y el fruto en el árbol. Con la disgregación de Portugal parece no haberse producido la me-

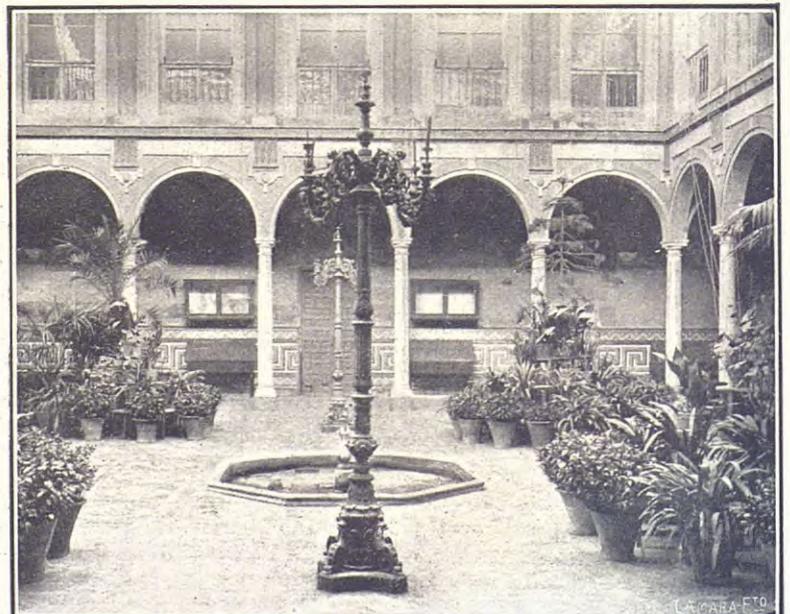
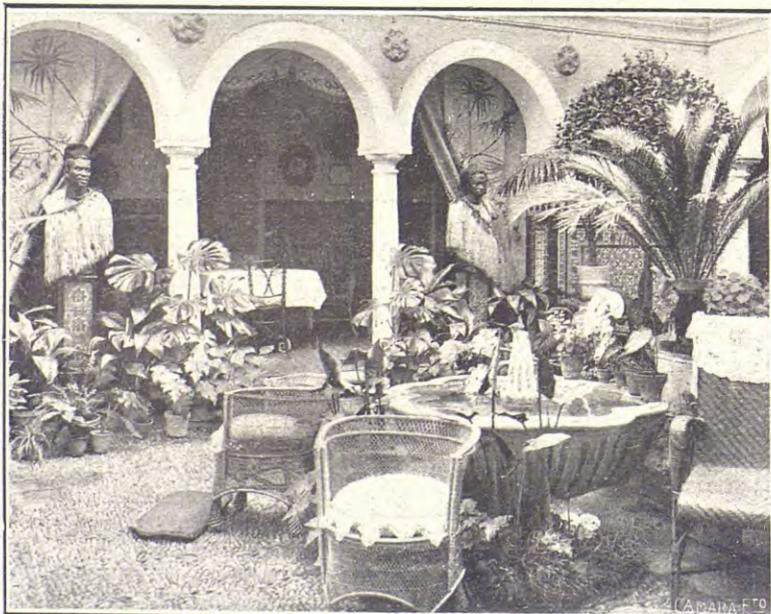
nor mengua del alma nacional. Cercenárase Cataluña y hasta parecería á la admirable región cuando gemía sus primeras reclamaciones. Pero si un día el Sur se alzara contra Castilla, de la que ha sido sustento y espíritu, brazo y pensamiento, acción y alegría, y en la disgregación en pequeñas nacionalidades á que parece caminar el mundo entero, surgiera un nuevo y poderoso reino de Córdoba, y un reino de Granada, y un reino de Sevilla, ó una Andalucía entera, que el entusiasmo ardiente de la raza llenaría de poderío, habría acabado España.

Acaso ese final sea necesario, para que no haya otro más peregrino forjado por la violencia extranjera; pero para llegar á él será preciso que Cambó y Endériz, y cuantos se afanan en crear una acción en el Sur que justifique y nacionalice los anhelos de los pueblos del Norte, vean cómo hemos de despertar á Andalucía.

Hémos en Julio ó en Agosto. Sólo allá, en un picacho granadino, quedan unos hilos de nieve. Sobre los campos cae, impla-



Patio de la calle de Santiago, de Córdoba, por el cual sienten los pintores gran predilección



Otros dos bellos patios de Córdoba

cable, desde el sol, una lluvia de fuego. Los pueblecitos blancos parecen abandonados; nadie cruza sus calles; están cerradas todas las puertas. En las ciudades las gentes se refugian en los patios. ¿Cambó no sintió, un día veraniego que llegó á Sevilla y se instaló en el patio del Hotel de Madrid, con su fuente de mármol y su bandada de pájaros, cómo le enervaba una dulce somnolencia y cómo las injusticias de nuestro régimen iban borrando ante sus ojos las duras aristas que le parecían tener miradas en Cataluña ó en Vasconia, en Valencia ó en Galicia, y cómo una dulce conformidad y una mística resignación se iba apoderando de su espíritu?

Por la cancela, que parece forjada por uno de aquellos artifices que hicieron las verjas suntuosas de nuestras catedrales góticas, entra de la calle, entoldada, una ráfaga de aire fresco, saturado de perfumes incitantes, del olor del nardo y la azucena, del jazmín y la albahaca. De allá, del interior de la casa ó de una azotea vecina, llega á nosotros el adormilado rezon-gueo de una copla burlona ó gimiente y con ella todo el espíritu de un amor, de un modo de amar distinto al de las demás razas ibéricas; de un modo de querer, no sólo la posesión de la mujer, sino la posesión de todas las cosas, diferente á las tenacidades de la voluntad en las demás regiones. Se siente en aquel placer único del patio que la Fatalidad está á nuestro lado, en una verdadera leyenda in-



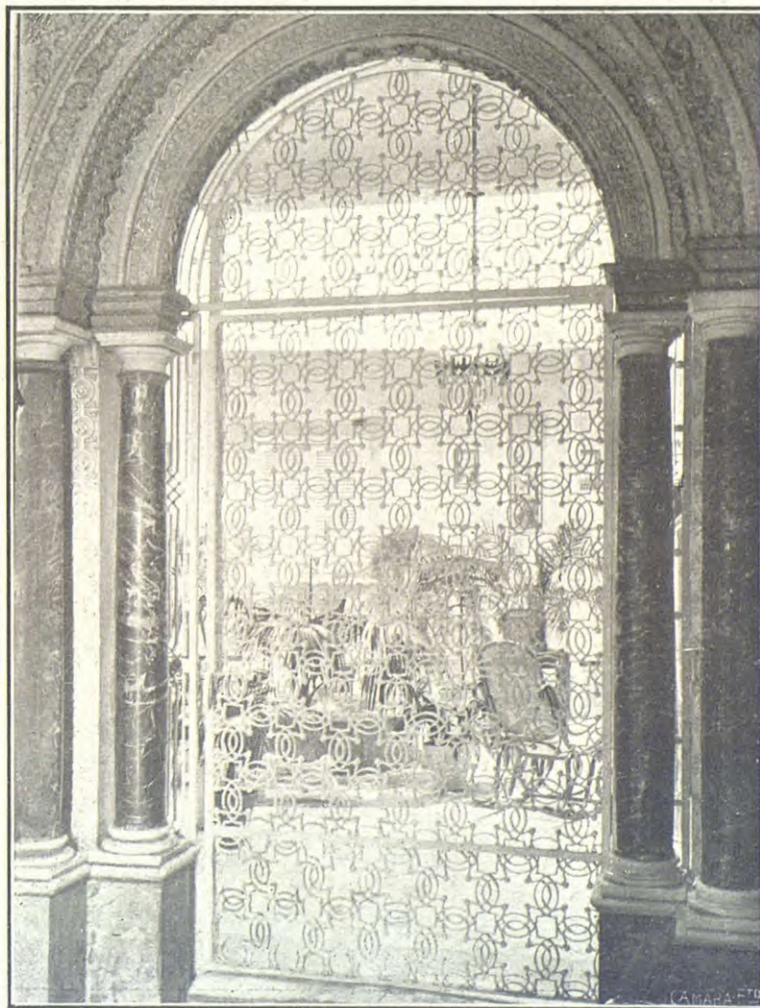
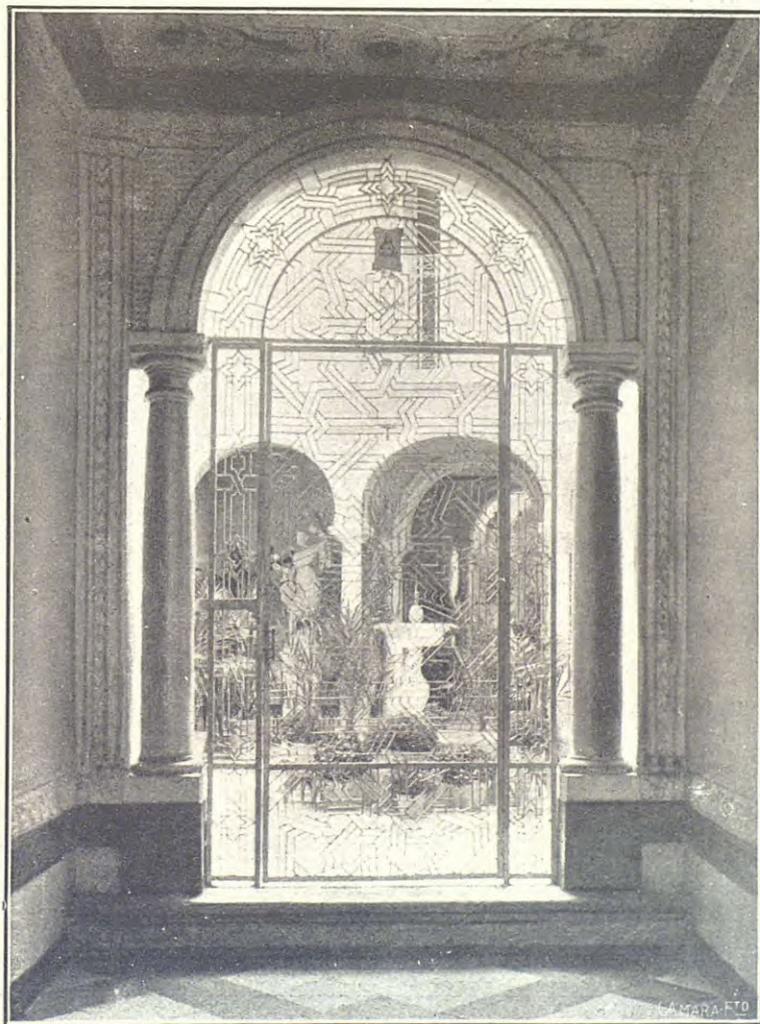
Cancela del patio de la calle del Buen Pastor

fantil, como ángel de la guarda ó como demonio tentador; se siente que el Azar ha cogido nuestra mano y nos lleva y nos guía, sin que podamos impedirlo. Se siente cómo se apodera de nuestro espíritu la más grande y sabia y poderosa filosofía que han meditado los siglos: la filosofía del *qué más da y qué me importa á mí*.

Mirándonos un poco hacia adentro, en la apacible sombra de este patio, ante la filigrana de la cancela que parece cernir los rumores de la calle, en medio de estas macetas donde el verde de las hojas es de esmeralda y el rojo de los claveles es de sangre y el blanco de las azucenas es de sudario, y escuchando este inexplicable charloteo, monótono y musical á la vez, del agua que cae en leve chorrillo sobre la taza de la fuente mora, nos sentimos como mozárabes que hemos quedado rezagados y perdidos entre unas páginas de historia que no queremos ayudar á escribir...

¿Qué más da, amigo Cambó? Basta nuestra protesta espiritual y el convencimiento de nuestra resignación para que no nos quede remordimiento. Si España es así, es porque la Fatalidad lo quiere. Si no hay leyes ni justicia, será porque no hagan falta. En cambio, en esta penumbra que el toldo de la azotea cierra sobre el patio, ¡qué dulce la siesta!, ¡cómo aroman las flores!, ¡cómo habla la fuente!...

MÍNIMO ESPAÑOL



Dos artísticas cancelas cordobesas

DEL AVANCE INGLÉS



UN REGIMIENTO BRITANICO ENTRANDO EN UNO DE LOS PUEBLOS BELGAS RECONQUISTADOS EN LA REGION DEL ISER
Dibujo de Matania

NUESTRAS VISITAS

PÉREZ ZÚÑIGA

ALLÍ, en el gabinete que estaba casi lleno por un magnífico piano de cola, tomamos asiento.

—¿También toca usted el piano, D. Juan?

—No, señor—nos replicó Pérez Zúñiga—. Aquí la gran pianista es mi señora, que ha tocado en muchos conciertos. Yo tengo verdadera pasión por la música, la cual me proporcionó el primer dinero que gané en esta vida.

—¿Con qué instrumento?

—Con el violín, y tocando en las orquestas de las iglesias.

Calló un momento. Me ofreció un cigarrillo; mientras que yo lo encendía, fué al despacho próximo y volvió con un violín y un arco, y mostrándomelo con el mismo deleite que se muestra un hijo, exclamó:

—Mi mejor amigo es este violín, que, al fin, *desafina*, pero, desde luego, menos que otros amigos. Este violín me dió de comer muchas veces. El sabe de mis penas y de mis inquietudes más que nadie... Más que yo mismo... En él se refugia mi espíritu cuando estoy demasiado triste..., y sus notas me hacen el efecto de una voz amiga que me consuela; una voz cariñosa que he estado oyendo por espacio de muchos años. Antes, cuando eran menos complicadas mis ocupaciones, me deleitaba haciendo música, acompañado, generalmente, por mi esposa. Ya la pluma, insaciable, se ha ido apoderando de todo mi tiempo.

A mí—¿por qué no confesarlo?—me sorprendió el aspecto serio del notable escritor festivo y su conversación serena, apacible y sin átomo de

gracia. Yo esperaba encontrarme con un camarada sonriente y en constante elaboración de chistes. Nada de eso. Pérez Zúñiga, con sus barbas, ya casi albas, sus gafas de oro y su gesto bondadoso y austero, da más sensación de un profesor de ciencias exactas que del ingenioso humorista que tanto nos ha hecho reír con sus *Cosquillas* diarias del *Heraldo* ó con sus *Viajes morrocotudos*. Después de esta observación, exclamé:

—¿Sabe usted una cosa, D. Juan?

El, adivinando mi pensamiento, contestó:

—Sí, señor. Sé lo que me va usted á decir: que no está en armonía mi aspecto serio y mi conversación sosa, con el género cómico que cultivo. En efecto. Es la decepción que sufre todo el mundo al tratarme. Pero yo creo, mi amigo, que para escribir en guasa no hace falta ser un hombre atolondrado y juguetón, que se suba por las paredes, que reciba á las visitas con castañuelas y pellizque á las porteras. Yo soy un hombre serio y formal y escribo en cómico.

—¿Es usted de Madrid, D. Juan?

—Sí, señor.

—¿Y á qué edad comenzó usted á escribir?

—Teniendo ocho ó nueve años empecé á hacer versos.

—¿Siempre humorísticos?—inquirí.

—Siempre—afirmó—. Le hacía un romance ó una quintilla ó un soneto á la palmatoria ó á la sartén ó al puchero. ¡A todo! Pero nunca se me ocurrió que esta facilidad mía para hacer versos cómicos podía explotarse, y claro, lo hacía en broma, y para los de casa.

—¿Y, al mismo tiempo, seguía usted sus estudios?

—Ya lo creo. Seguía la carrera de música y la de abogado.

—¿Y terminó usted las dos?

—Sí, señor. Terminé la carrera de violín á los diez y siete años, y de Derecho me licencié al mismo tiempo que García Prieto y otros muchos muy conocidos. A todo esto, en casa de unos íntimos amigos míos y de Vital Aza, se habló de mis condiciones de poeta festivo y se leyeron versos míos. Entonces Vital me dijo: «Debe usted explotar esto; tiene usted grandes condiciones de escritor cómico». Y de allí nació *Madrid Cómico*, no el de Sinesio Delgado, sino el primitivo, y con la recomendación de Vital entré de redactor, y allí estuve todo el tiempo que duró el periódico: año y medio.

—Y á todo esto, ¿el violín...?

—Con él me ganaba la vida.

—Y para qué tenía usted más afición: ¿para la música ó para la literatura?

—¡Oh!, para la música. Condiciones... no sé...; pero afición, más á la música.

—¿Y qué le ha producido á usted más?

—La literatura. ¡Si de la música saqué muy poco...! Lo necesario para ir viviendo unos cuantos años. ¿No ve usted que la música fué destronada por la literatura, y ya pasó á ser un adorno?

—¿Y cómo fué abandonarla?

—Qué sé yo. Cref que me iban á producir más nombre y más dinero los versos.

—¿Y así ha sido?

—No me puedo quejar. A mí la pluma me ha traído muchas pesetas á casa, ¡muchas!...

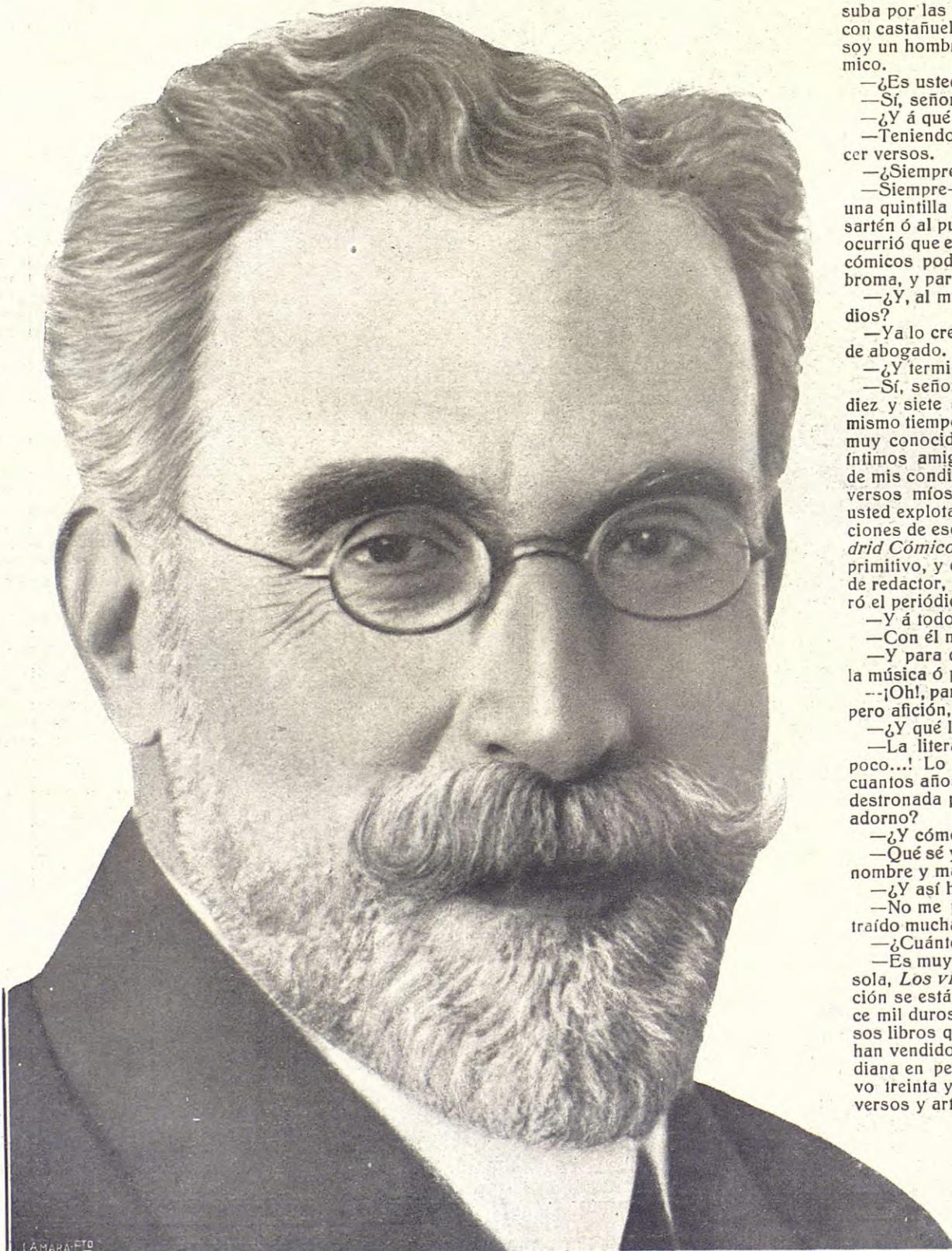
—¿Cuánto calcula usted?

—Es muy difícil; pero ya ve usted; una obra sola, *Los viajes morrocotudos*, cuya sexta edición se está agotando, me lleva producidos doce mil duros. Agregue usted á éste los numerosos libros que tengo publicados, que todos se han vendido muy bien; el teatro, y la labor cotidiana en periódicos. Porque, amigo *Audaz*, llevo treinta y ocho años, día por día, haciendo versos y artículos festivos.

—¿Escribe usted con facilidad?

Contestó rápido:

—A facilidad no creo que me gane nadie. Y, sobre todo, tengo una resistencia cerebral enorme. Yo, muchas veces, he creído que, á fuerza de pensar, se po-



día uno volver loco. ¡Mentira! Yo he pensado y he retorcido mi entendimiento y lo he estrujado todos los días durante treinta y ocho años y me encuentro tan fresco como cuando tenía veinticinco.

—¿Cómo hace usted las *Cosquillas del Herald*?

—Cajo los periódicos de la noche, los leo en la cama, y de lo que arrojan, pergeño lo que he de decir al día siguiente, y por la mañana, en cuanto me levanto, las hago y las mando al periódico antes de ir a la oficina.

—¿Cómo á la oficina?—pregunté sorprendido.

—Sí, señor—repuso D. Juan sonriendo—. La mañana entera la destino al destino.

Reímos el chiste; él continuó:

—Soy jefe de Hacienda en la Intervención de la Deuda, empleo que, después de haber hecho mi carrera administrativa en el Ministerio de Ultramar, al suprimirse éste, me proporcionó la Reina Cristina, á quien debo eterna gratitud.

Callamos durante unos momentos. Pérez Zúñiga acarició el arco del violín como si fuera una mano querida. Yo le pregunté:

—¿Y de teatro? ¿A qué edad estrenó su primer obra?

—Empezaba á escribir para el público... Tendría yo diez y ocho años. Fué una pieza que se estrenó en Lara titulada *La manía de papá*. Recuerdo que, para salvar el calvario de novel, la presentó Vital Aza como suya, y cuando ya estaba para estrenarse, dió mi nombre.

—¿Y gustó?

—Sí, gustó. Era algo inocente. Ya le he dicho á usted que tenía yo diez y ocho años.

—¿Cuántas obras ha estrenado usted?

—Cerca de treinta. Creo que veintisiete.

—¿Cuál obtuvo éxito más lisonjero?

—*El señor Castaño*, zarzuela en un acto que se estrenó en Maravillas. La hicieron los dos Mesejos y Loreto Prado, que entonces ganaba cuatro pesetas.

—¿Y qué le ha dado á usted más dinero, el teatro ó los periódicos y libros?

—Relativamente, el teatro me ha producido más. Ahora, que la otra labor ha sido más intensa y más continua.

—Diga usted, D. Juan, y en estos treinta y ocho años, durante los cuales ha tenido usted que hacer á diario chistes y versos humorísticos con la pluma, ¿habrá usted tenido duelos de familia y días amargos?

El rostro serio de D. Juan adquirió más gravedad.

—¡Oh!, ya lo creo. Eso ha sido lo peor. Muchas veces he tenido que hacer reír á mis lectores mientras que yo lloraba. ¡Eso es espantoso! En otras ocasiones enfermé con fiebre; pero ningún día he abandonado mi pluma. Y figúrese usted las cosas tristes que me habrán pasado en estos treinta y tantos años. A propósito de este contraste le escribí á mi hija unos versos titulados *Lágrimas ocultas*, los únicos serios que habré escrito en mi vida; decía así:

Y el poeta de la risa, con voz muy triste y emocionada, comenzó á recitarlos.

¿Piensas que es, pobre hija mía,
franca siempre mi alegría
porque jamás me ves triste
y vivo explotando el chiste?
¿Cómo te engañas, María!
¿Me ves trabajar contento?
Pues siempre, al coger la pluma,
camina mi pensamiento

entre una chanza que invento
y un malestar que me abruma.
Suele ser mi malestar
hijo de penas ó apuros
que no puedo remediar,
pues por los trances más duros
me obliga Dios á pasar.

¿Cuántos días de amargura
pasé fingiendo ventura!
Sí; ¡cuántos mientras tu madre,
tus hermanos ó mi padre
ardían en calentura,
disimulando temores
y dominando dolores,
tuve que hacer que mi mente
soltase el chiste corriente
pedido por mis lectores!...

De la muerte en el dintel
te vi un día, y aquel día,
llorando sobre el papel,
lice chistes á granel
para comer, ¡hija mía!

porque un día y otro día
caen hacia dentro, hija mía,
y abrasan el corazón!

—¡Muy bien!—elogié.

El poeta de la risa me había conmovido un poco. Para alejar de su espíritu y del mío la tristeza, varié el tema de la conversación.

—¿Cómo se le ocurrió á usted hacer los *Viajes morrocotudos*?

—Por las obras de Julio Verne. Como luego se me ocurrió hacer en cómico *La cocina económica* y otras tantas cosas.

—¿Está usted satisfecho de la vida?

Hizo un gesto indefinido.

—Pchs... Sí; como la llevo encauzada me parece bien. Trabajaré hasta que me muera. Y sobre el porvenir estoy tranquilo. Aunque no tengo un céntimo ahorrado, he dado carrera á mis hijos, y ya, sin comer, no he de quedarme.

—¿Y seguirá usted escribiendo siempre en broma?

—Escribir en serio no me gusta; no es que no lo sienta. Yo soy sensible á los pesares, como cada quisque; pero no me gusta ni hablar de ellos.

—Cuénteme usted alguna anécdota.

Meditó un momento.

—¡Qué sé yo! No recuerdo ahora... ¡Ah, sí, verá usted! Se estaba estrenando en Lara una obra mía titulada *Gabán de pieles*, y cuando ya estábamos por la mitad y el público la reía mucho... ¡puá!... un tramoyista, desde lo alto de los telares, cayó en medio del escenario. Las artistas se desfallecieron, el público se emocionó y se suspendió unos momentos la representación. Como al tramoyista no le había ocurrido gran cosa, prosiguió el estreno. Pero, ¡figúrese usted!, después de aquel trago que confianza tendría en el éxito. Y, sin embargo, el público rió, y triunfó la obra.

Hizo una pausa.

—Para terminar—continuó diciendo—, le diré que acaba usted de celebrar una interviú con un muerto oficial.

—¿Qué quiere usted decir?—pregunté intrigado.

—Que yo, según he leído, estoy muerto desde hace nueve años. Verá usted. Hace tiempo se publicó un libro titulado *Madridenses ilustres muertos*. Cayó un ejemplar en mis manos, lo hojeé, y cuál no sería mi asombro cuando en la letra P, y con mi retrato, me encontré como

muerto oficial. Decía así: «Pérez Zúñiga. Escritor festivo muy popular; nació el 18 de Octubre de 1860 y falleció á fines del año 1908. Su muerte fué muy sentida.»

Y como refamos, añadió:

—Sí, la cosa, ahora, hace reír, pero á mí me puso los pelos de punta. ¡Caracoles!, dije; ¿si me habré muerto y no lo sabré yo? Y no crea usted, todavía, á ratos, me preocupa un poco. Luego me enteré que este libro estaba costeado por una entidad oficial y que el bárbaro que lo hizo cobraba un tanto por cada muerto que llevaba, y, ¡claro!, ¡no tuvo piedad! Mató á todos los que quiso, mejor dicho, á todos los que necesitó para cubrir su presupuesto. Lo raro es que, al impresor y á los cajistas que hicieron el dicho librito no se les ocurriera pensar que mi muerte era un error, puesto que todas las noches les hacía *Cosquillas* desde las columnas del *Heraldo*.

—Eso, mi querido D. Juan—lamenté—, demuestra lo poquito que en España se lee.

Y nada más.

EL CABALLERO AUDAZ



Juan Pérez Zúñiga, virtuoso del violín

FOTS. CAMPUSA

¿Y crees que es desdicha escasa,
llorando, escribir en guasa?
Pues mayor pena no cabe.
¡Eso, niña, no lo sabe
nadie más que el que lo pasa!
Aunque me sienta morir,
tal sacrificio es forzoso;
pero, al ver que hago reír,
da todo el mundo en decir
que soy un hombre dichoso.
Esto creen, y no hacen bien,
y es porque no consideran
que en mi hay lágrimas también.
¡Lágrimas que ya quisieran
ser de esas que todos ven!
Esas acusan un duelo
que puede encontrar consuelo
si alguno en ellas repara,
y hacen un surco en la cara
que pronto borra el pañuelo;
pero las otras que, ardientes,
brotan como avergonzadas
y se ocultan á las gentes
entre risas aparentes
y venturas no gozadas,
¡esas, no sabes, María,
todo lo amargas que son;

LA SORPRESA

PARA Lisón, aquello era *lo mejor de su vida*. Unas veces, los jardines de las Tullerías ofrecíanle su belleza, un tanto convencional, como escenario al idilio; otras, eran las frondas, demasiado plebeyas, del parque Monceau las que le daban cobijo; pero ella prefería los lugares más apartados, los parterres de Versailles ó el parque, un poco triste, de la Malmaison. Allí, en las tardes nacaradas de la primavera, ó entre los oros pálidos del otoño, le esperaba, inquieta y preocupada siempre, con un vago temor de que pudiese llegar la catástrofe. Pero la catástrofe (¿y quien podría decir si en el fondo de su corazón, un algo romántico, de mujer que *lo sabe todo*, no había una vaga melancolía de ello?) no llegaba. Monsieur Menard, su marido, no tenía tiempo para pensar en tales fruslerías. Era un hombre de negocios inquieto y calmoso, todo en una, que no pensaba sino en hacer dinero, mucho dinero, el horrible dinero, que á Lisón le parecía odioso, pero que necesitaba á montones para comprarse aquellas *toilettes* que eran un amor y aquellos sombreros *chic, chic*, con que estar muy guapa para su Juan.

¡A éste sí que le quería! Era tan bueno, tan alegre, y, sin embargo, tan sericito, con ese aire muy maeterlinck de ver *más allá*, de presentir la fatalidad de lo que *había de ser*, de lo que estaba escrito. Era como esos niños que saben sin saber, que llevan en sus frentes el sello de lo irremediable. Sabía reír; pero, de improvito, como al reflejo de una imagen interna, la risa se desgarraba y una nube de tristeza velaba los ojos negros. Otras veces, oíala hablar con esa ternura, un poco compasiva, con que se oye á una criatura querida rimar la fábula de la lechera. También, no pocas veces, hablaba de la Muerte. Ponía entonces en sus palabras una seriedad transida de tristeza casi voluptuosa. No sentía la muerte Edad Media ni la muerte de que los modernos han hecho, en un neocristianismo, un símbolo de horror, sino que para él la muerte tenía una belleza clásica, una nobleza y una serenidad augustas. A Lisón, tan frívola, tan ligera, tan superficial, todas aquellas cosas la inquietaban y acrecentaban su amor por él.

Le esperaba siempre con impaciencia; no se acordaba allí de evocar ni los devaneos de Marie Antoinette, ni la vanidad pueril de la Lamballe, ni las pastorelas con corderillos lazados de azul y pastores con chapines de raso y cayadas enguinaldadas de rosas, ni menos las tropicales nostalgias de Josefina, las liviandades de la Tallien y la Visconti, los crespones bordados y los pintados colibríes. Le aguardaba vagando por el jardín, hasta que, de improvito, surgía de detrás de un árbol centenario ó reía alegremente, oculto á su vista por un gran jarrón de piedra. Después paseaban cogidos del brazo, como dos novios, y hablaban, en un loco huir del tiempo. Pero lo mejor era siempre la sorpresa, aquel encuentro que ponía en el idilio picantes de cosa nueva é imprevista.

Desde que había empezado la guerra, las entrevistas se espaciaron. Juan era aviador y estaba

en el frente, y Lisón, la pobre, sufría. Ya no era tan frívola, y ponía en su amor algo que lo ennoblecía y dignificaba.

¡Al fin!... *Un congé*... Se vieron unas horas en Saint Cloud, unas horas en que no supieron decirse nada, ni hablar de nada, hasta el punto de que, una vez separados, vieron con asombro que se les haba olvidado ¡hasta darse sus señas!

Y vino otro interregno largo, largo. De vez en cuando, una carta de Juan, lacónica, pero henchida de entusiasmo y fe. ¡Qué hermoso era luchar por la Patria en peligro! La vida de campaña hacíase monótona; pero estaba llena, no obstante, de incidentes varios. La Muerte parecía haberse alejado de su campo visual, y, tal vez por lo mismo que la tenía cerca, no se acordaba de ella.

Y llegó el verano, y con él la necesidad de partir sin haberle visto. Pero ya en el *chateau*, llegó una carta anunciando un permiso de tres días. Iban á hacer un pequeño *raid*, y á la vuelta iría á verla. Loca de alegría, preparó el regreso á París. El marido estaba en Vichy y era libre.

Por eso, ahora, feliz en la tarde estival, toda bañada en el áureo polvillo del sol, muy sencilla, pero muy *smart*, la cabellera rubia bañada en tonalidades de Ticiano, bajo el ala amplia del negro sombrero, esperaba la sorpresa, verle surgir tras de uno de aquellos macizos, en una efusión de colegial en vacaciones.

Una gran ternura se desbordaba de su alma y acariciaba todas las cosas—los niños que jugaban, las mariposas revoloteantes de flor en flor, la hermana agua que cantaba en las fontanas—. Pero pasaba el tiempo y Juan no llegaba. Un inquietud atroz comenzaba á torturarla; imágenes sombrías pasaban por el cielo, antes claro, de su pensamiento, como nubarrones negros. Súbitamente tuvo el presentimiento de que la sorpresa llegaba, *de que ya estaba allí*, y miró á todas partes con ansioso sobresalto. Nada; un *camelot* cargado de periódicos... Mecánicamente compró uno. ¡Allí estaba la noticia atroz! Un proyectil enemigo había alcanzado al aeroplano, incendiándolo, y Juan había caído al suelo, carbonizado!

Lisón dejóse caer en un banco, y, vencida, agobiada, lloró sin consuelo sobre la última y horrenda sorpresa que le deparrara su pobre amor.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ECHRA





TRAGICOMEDIA DE LAS NIÑAS CURSIS

Laura, Blanca, Matilde, tres gentiles coquetas que tienen unas hondas ojeras pasionales y sueñan sus rizadas cabecitas inquietas con galanes románticos y visiones nupciales. Van todos los domingos á algún viejo café donde tocan Marina, La Bruja, El juramento, y les llena la música de un dulce sentimiento sin palabras, y lloran... y no saben por qué... Las tres están muy pálidas. Hay cierta aristocracia en sus manos exangües: la manita monjil que al tocar el piano tiene la alada gracia de un cisne sobre un lago sonoro de marfil.

□□□

Usados atavios, mustias y viejas galas, tristeza resignada de su coquetería; pero sus almas sueñan, y el sueño tiene alas que les remonta á un mago país de fantasía. Y en el vuelo divino de su alma visionaria, que les lleva á ese dulce paraíso distante,

se borra el drama sórdido de su vida diaria, la pobreza angustiada y el dolor vergonzante. Por eso, cuando, irónica, la vida les arranca de los ojos el velo azul de las quimeras, Laura y Matilde lloran ingenuamente, y Blanca tiene mucho más lívida la flor de sus ojeras.

□□□

El anillo de hierro es la vieja zarzuela que llena de visiones románticas su mente y al llamar á Rodolfo la rancia particella las niñas cursis cierran los ojos dulcemente. ¡Al ver en tus pupilas las dos nupciales flamas del amor, que iluminan tu pálida carita, yo bien quisiera ser el Rodolfo á quien llamas en tu orfandad de besos, doliente burguesita! Sería tu poeta galán, tu Lohengrín; tu alma arrebataría en mi verso que vuela y suspira lo mismo que el dulce violín en el aria romántica de la vieja zarzuela.

¡Oh, sus pobres manitas, blancas y extenuadas; juventud que se mustia en los tristes talleres, creando los primores de sus galas soñadas para que luego adornen á las otras mujeres! Romanceras que sueñan con un amor fatal como las heroínas de un rancio folletín, ¡oh, pobreza, que pones la máscara espectral de la tisis en su albo semblante de jazmín! Comprendo vuestros sueños y amo vuestras ojeras; Laura, Blanca, Matilde, vuestro dolor yo sé, adorables ilusas de divinas quimeras á compás de la música del vetusto café.

□□□

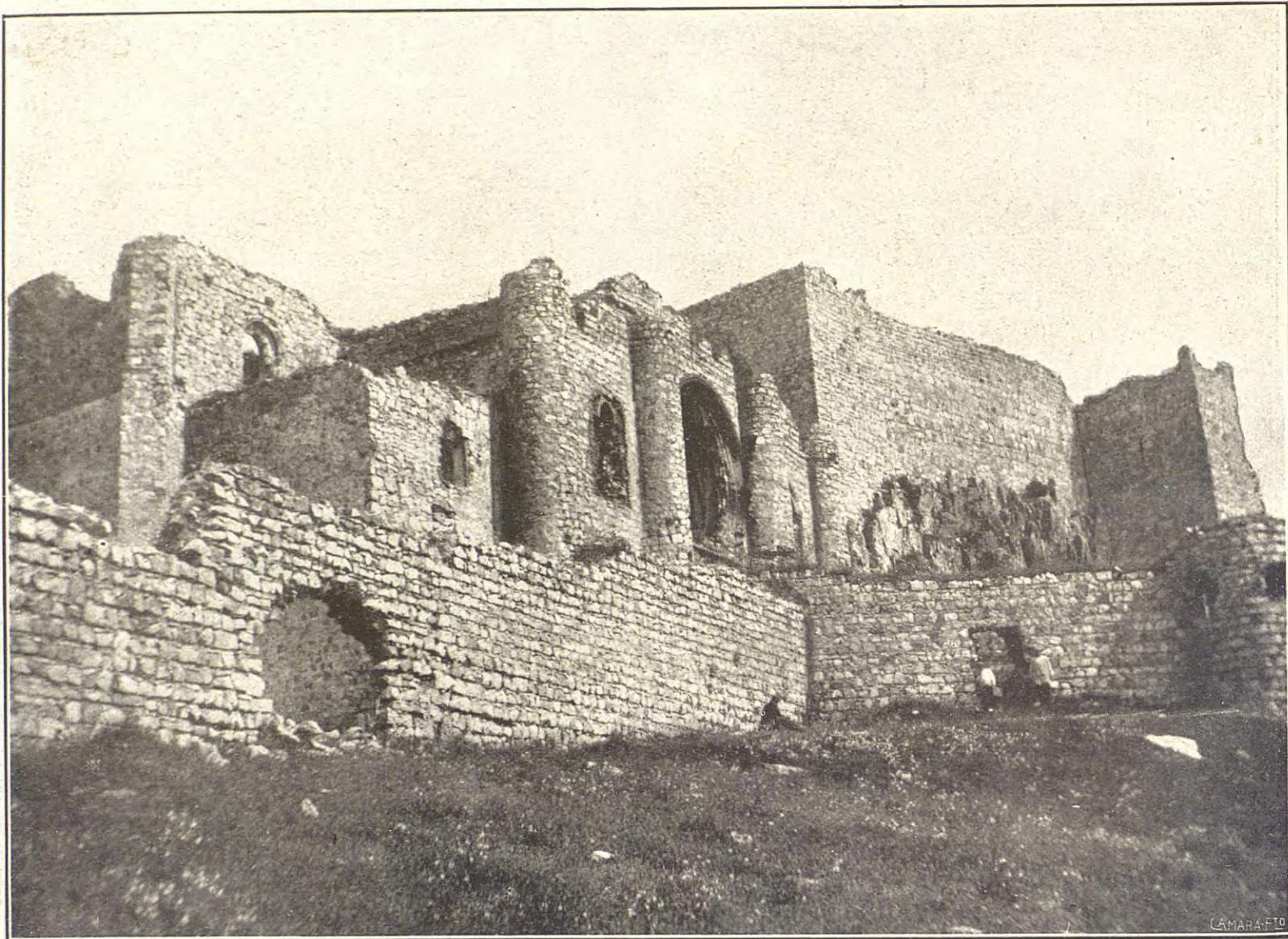
Tejedoras de amores en los dulces telares del ensueño, se pasan la juventud sombría viendo caer las horas tediosas y vulgares del vivir... ¡Y Rodolfo no viene todavía!

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE PENAGOS

MONUMENTOS ESPAÑOLES

EL CASTILLO DE CALATRAVA



Un aspecto exterior del castillo

OFRECEMOS hoy al lector en estas páginas una información acerca del antiquísimo y famoso castillo de Calatrava, enclavado en la población de este nombre, perteneciente á la provincia de Ciudad Real, y cuyo interés consiste no sólo en el extraordinario mérito arqueológico de dicha fortaleza, sino principalmente en la circunstancia de ser ésta la primera vez que una revista de la índole de LA ESFERA se ocupa en sus páginas de este viejo monumento.

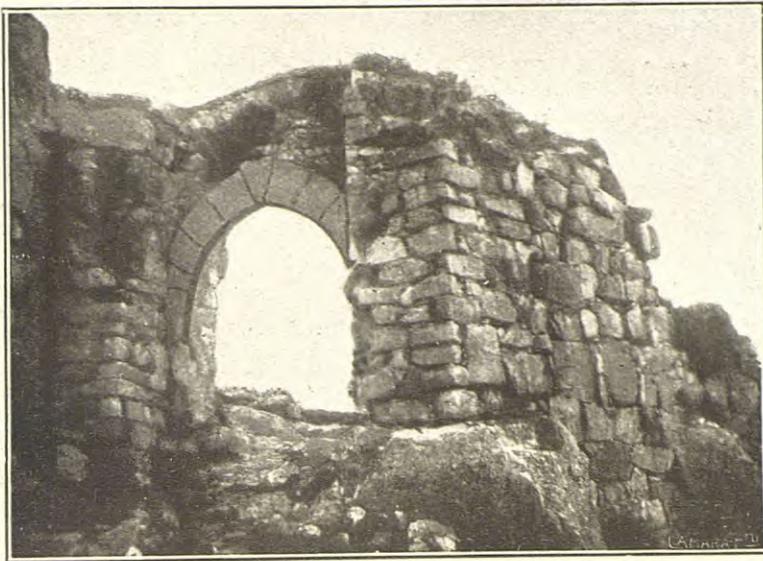
Realmente, no podemos explicarnos cómo una edificación tan característica cual es la del castillo calatraveño, que es como una enseña gloriosa de épocas pretéritas, ha permanecido siempre casi ó totalmente ignorada para el público en general, cuando sus mé-



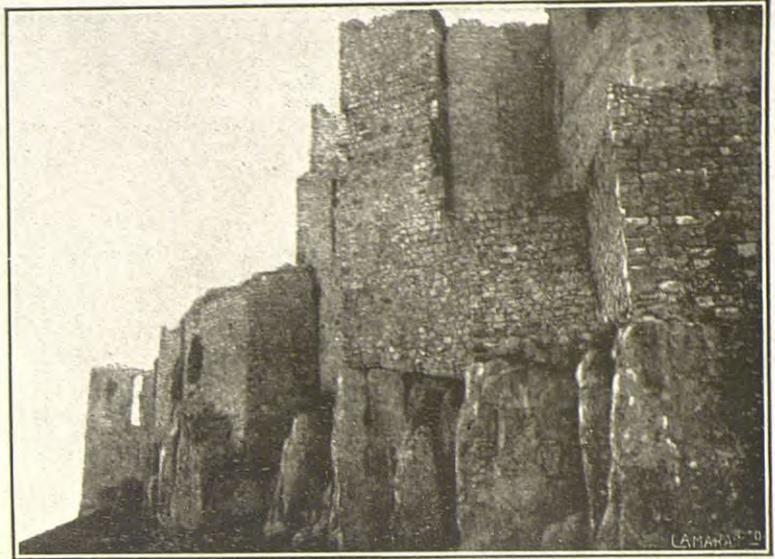
Interior del ábside y capilla dorada de la iglesia del castillo

ritos en punto á arqueología, no van en zaga á otras muchas edificaciones que han sido reproducidas cientos de veces en todos los periódicos. Por eso nos enorgullece y aun nos honra, que estas páginas de LA ESFERA se engalanen hoy con la reproducción de las venerandas ruinas del viejo y glorioso castillo de Calatrava.

Es esta demolida fortaleza una de las que más importancia tuvieron en aquellas remotas edades en que los agarenos y castellanos sostenían las más encarnizadas luchas, y junto á sus muros, cuyo grosor y reciedumbre aún pueden apreciarse en las hermosas instantáneas que acompañan á estas líneas, tuvieron lugar incontables hechos de armas, en los cuales triunfaba unas veces el pabellón de la



Entrada del primer recinto



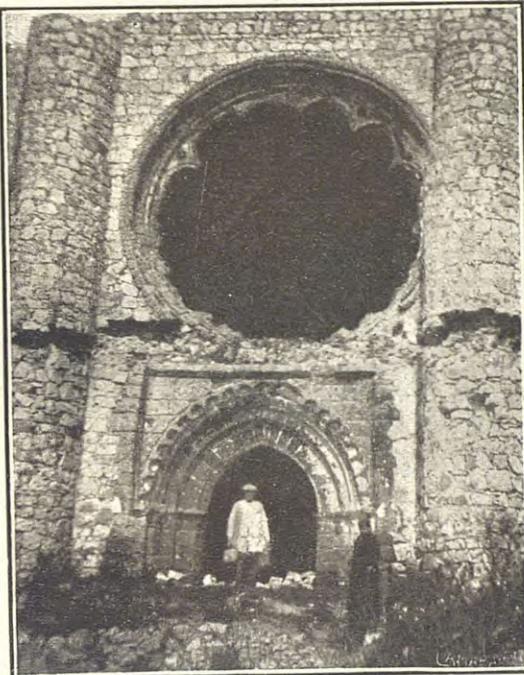
Entrada y murallas del segundo recinto

invicta Castilla, y otras la media luna agarena, que unos y otros combatientes luchaban con singular denuedo, y el triunfo no mostraba deter-

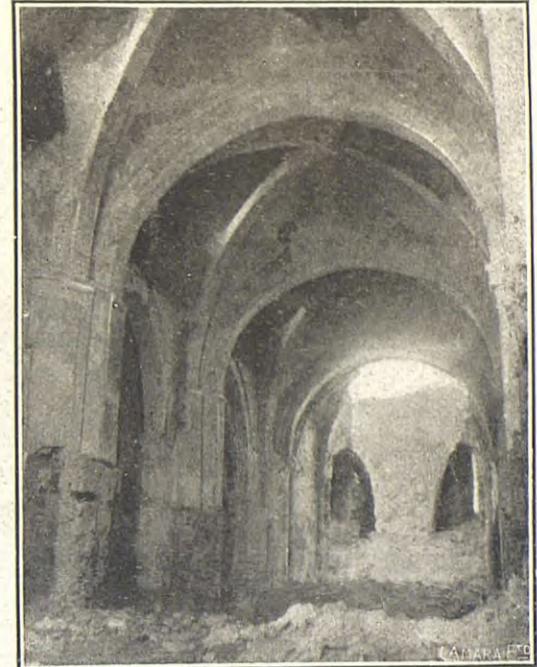
da por el abad Raimundo de Fitero la nobilísima y señorial Orden de Calatrava, con el fin de fender de la invasión morisca á la villa, y fué confirmada por Gregorio VIII é Inocencio III. La comunidad, en la que figuraban sapientísimos é ilustres varones de elevada alcurnia, adopto para sí la regla de San Benito y las constituciones del Cister. Le fueron concedidas á esta Orden toda suerte de beneficios y preponderancias, y las donaciones hechas á la institución por los monarcas fueron importantísimas. En la actualidad está constituida la Orden por varios aristócratas de la más rancia nobleza española, ostentando el cargo de Gran Maestre de dicha institución nuestro soberano Don Alfonso.

ilustrísimos cuyas hazañas llenan las páginas más brillantes de nuestra historia.

Los retablos y altares que indudablemente



Entrada á la iglesia



Nave central del templo

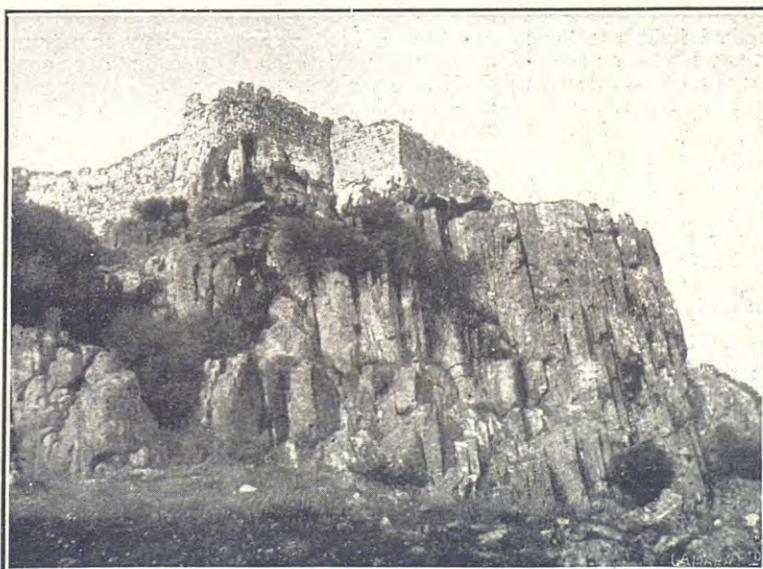
Volviendo al castillo, motivo fundamental de esta información, diremos que, á pesar del lamentable estado de conservación en que se encuentra, aún pueden admirarse en él las bellezas arquitectónicas de su fábrica y la severa elegancia de líneas del templo, que fué construído en la parte central de la fortaleza y cuyo mérito arqueológico es considerable.

minada predilección por ninguno de los bandos en discordia.

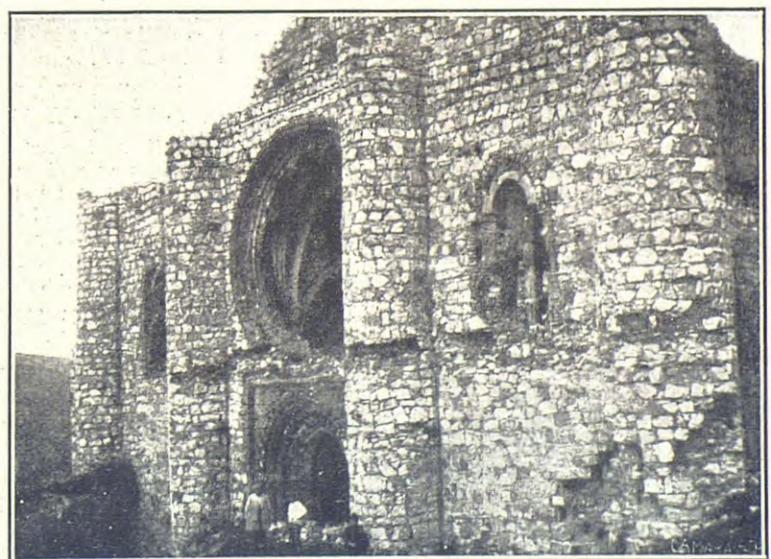
En este castillo, y en el año 1158, fué funda-

Pese al tiempo que sobre ellos ha pasado, y no obstante lo ruinoso de su estado, aún infunden pavor los espesos muros de este castillo, incrustado en roca viva y suspendido á enorme altura sobre una angosta senda. Una vez traspuesta la «Puerta de Hierro» y la sombría bóveda que le sigue, sólo mutilaciones y ruinas se presentan á los ojos del visitante. Todas las salas, todas las habitaciones interiores del castillo, están totalmente derruídas y presentan un aspecto harto lamentable de abandono y desolación, y asimismo producen una impresión dorosísima los numerosos sepulcros instalados en el recinto de la fortaleza, y en cuyas lápidas figuran nombres

existían en esta iglesia, donde tantos guerreros hubieron de impetrar la divina piedad antes de salir á la lucha, han desaparecido.



Una vista parcial del castillo



Iglesia del conventual



La colina de Fiéssole

Al otro lado del Arno, en Florencia, palpitan todavía el resplandor que irradian la Galería de los Uffizi y el Palacio Pitti, elevase el hechizo toscano, delicia de los florentinos, merced liberal de la Naturaleza: la colina de Fiéssole.

Es como una ardiente loa trabajada por el árbol y la piedra, al margen de la gloria humana del Renacimiento. Para orar ante la Florencia de Miguel Angel, del Dante y de Donatello; para admirar á la *Regina dell'Arno*—voluta henchida del fragor de los Médicis—, nada comparable con la terraza de Fiéssole, trono al que se llega por entre las lanzas enmohecidas, pero señoriles siempre, de los cipresales.

Escondidos aquí y allá, sobre la frondosa ladera, conventos y «villas», iglesias y restaurantes mantienen vivo, en esta edad voracísima de ahora, el turismo y la evocación, el noble testimonio histórico y la frívola curiosidad del sometido al *Baedeker*.

Entre pinos y cactus, entre cipreses y naranjos, la hospitalidad de la campiña toscana muestra al viajero, confundidas, esas «notas» de unción ó de reporterismo que el viajero, fiel á

sus obligaciones de tal, estima indispensables: la *Badia di Fiéssole*; el teatro y los baños romanos; las murallas etruscas; el convento de San Domenico, donde *Fra Angélico* pintó sus madonas; la «villa Arnhold», desde la que el pintor suizo Boecklyn fué conducido á la «Isla de los Muertos» que él soñara; la «villa Paganucci», discreto y propicio refugio de los amores de Luisa de Sajonia y el pianista Toselli...

Entrometió el progreso por estas deleitosas eminencias, el estrépito fanfarrón é irreverente de un tranvía eléctrico; pero quedan aún zonas de silencio y de unción, no profanadas, por entre las cuales el espíritu de cualquier sensitivo puede urdir una fuga inefable y gozar esa aventura sin rival que nace de romper ligaduras y desechar lo pronosticado por lo imprevisto.

Como estribillo gentil de la canción gloriosa que ciñe á Florencia, el pino, todo elegancia y armonía, aparece, apágase más allá y torna á surgir luego, velando la vivienda, exaltando el camino, añadiendo la frase decisiva al horizonte.

Las llamaradas múltiples, los lanzazos á lo azul, los himnos y las plegarias que el amado

árbol finge, diluyen en el aire diáfano un á modo de paganía y misticismo que constituye su más envidiable tesoro. «Fra Angélico» lloraba—dicen—cuando en la quietud de su celda componía sus escenas de celestial embriaguez, y de aquellas lágrimas ardientes y de aquellos éxtasis queda un eco en las espesuras de la colina. Pero también, arropadas en la luz, tiemblan risas contagiosas de sensualidad...

Risas y lágrimas que suscitan en el reposo de la evocación un ritmo inefablemente febril... El puñado de chucherías que mercamos en Fiéssole por invencible fetichismo—filigranas hechas con paja, orgullo de la industria de aquellas alturas—junto á las *cartolini* de rigor, sahuman el espíritu con las emanaciones, cada vez más olorosas, del recuerdo. Florencia no ha de morir en nuestro culto; pero Fiéssole va unido á Florencia indisolublemente, de igual modo que la melodía amada se asoció al nombre de una mujer amable...

E. RAMÍREZ ANGEL

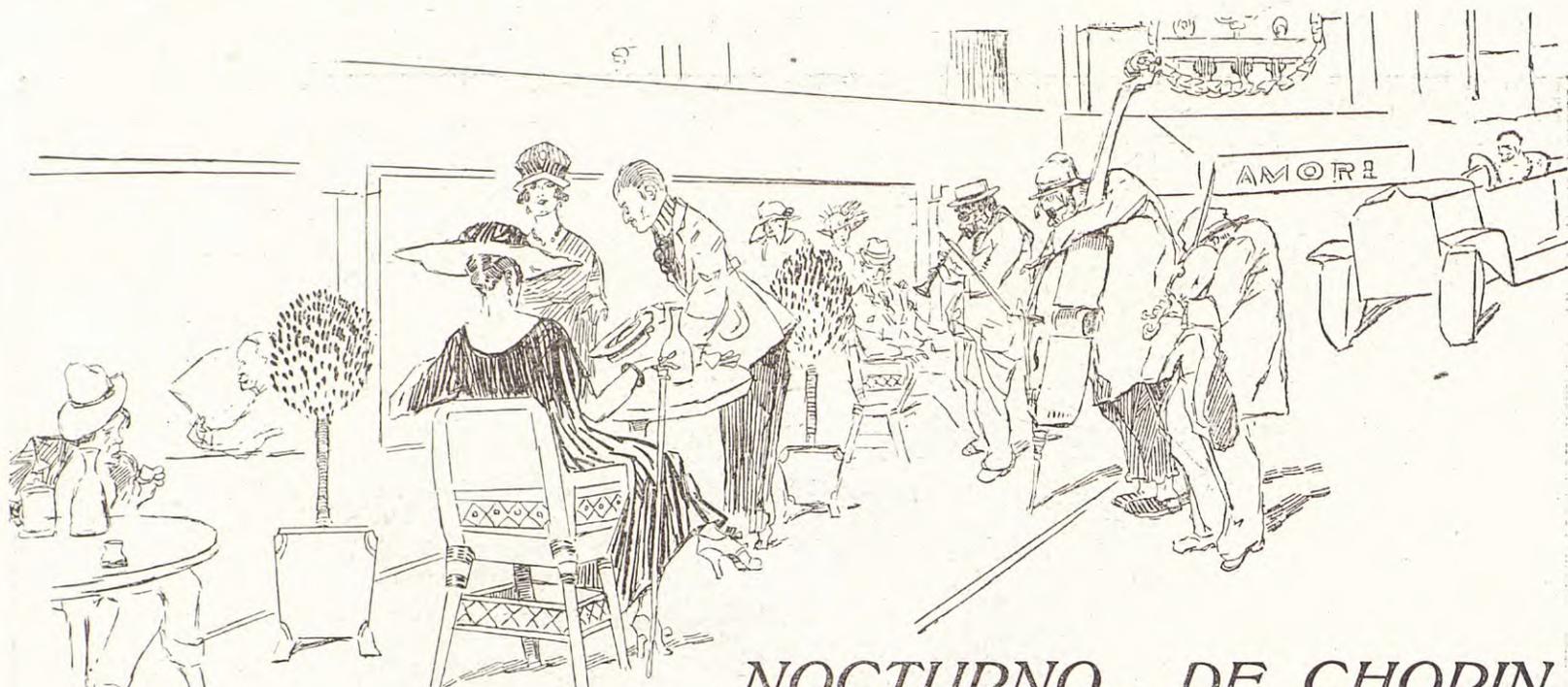
AGUAFUERTE DE LABRADA

BARCELONA MONUMENTAL



DETALLE DE UNA DE LAS GÁRGOLAS COLOCADAS SOBRE LA PUERTA DE SAN IVO, EN LA CATEDRAL BARCELONESA

FOT. MÁS



NOCTURNO.. DE CHOPIN

FLUYE de la tierra un vaho que convierte el cielo en una gasa amoratada. Al resplandor de los voltaicos se tornan escenográficos los árboles. Estas noches veraniegas de Madrid semejan artificiales y soñadas. Y por si faltaba algo en los nocturnos falsos y decorativos, tan bellos, el diablo les infundió un alma musical.

Son los *tziganes* emboscados entre los arbustos del jardín de un hotel cosmopolita. Cuelga en el aire una guirnalda de faroles chinos, redondos y coloreados, como si el arco iris hubiese cuajado en lunas. La galería se llenó de pequeñas mesas, con sus bujías de caperucita roja, y en torno a las luminarias, unas mujeres que parecen de nácar, y unos *gentlemen* que con su frac y su pechera parecen de laca negra y de porcelana, comen igual que si jugasen al ajedrez. Y abajo, la mascarada bermeja y rijosa se enardece con los valeses y las serenatas, y su fogosidad nos desmaya en una irresponsable languidez...

Son los ciegucecitos del violín que desafina, del violoncello profundo y bonachón y, sobre todo, de la flauta enternecedora, con sus trinos demasiado trémulos. Acude el sexteto á la terraza del café, y deslíe su música en medio de la admiración de unos vendedores de periódicos, de los limpiabotas, de un guardia enguantado y mostachudo. Y, á pesar de todo, nos conmueve el arrullo ronco y fatigado. Siempre tocan la canción de moda los pobres músicos. Al son de los instrumentos insuficientes, vuelven las pasadas horas nuestras, como si contemplásemos los retratos descoloridos de las novias de ayer...

Es la guitarra flamenca en una esquina, y es el acordeón napolitano más allá, y es un clarinete á la puerta de un

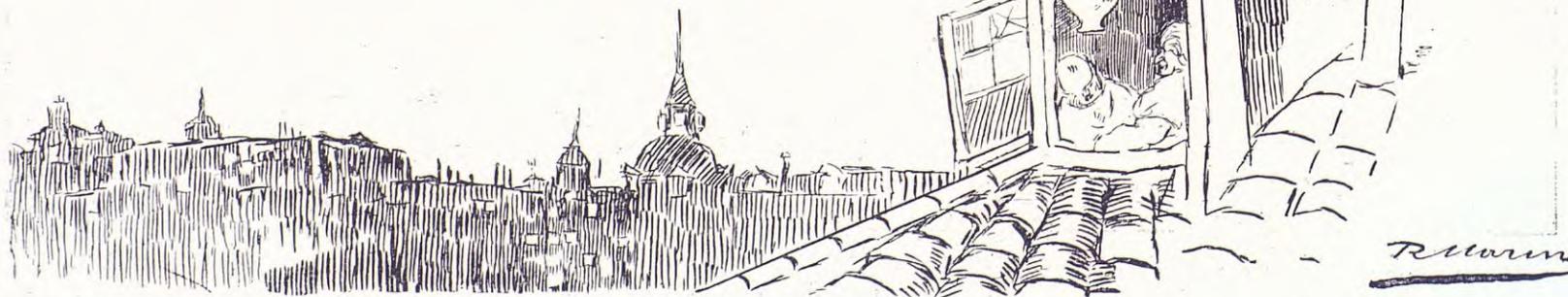
bar, y la ocarina en la verja de un palacio, y hasta el grillo de tantas y tantas ventanas. Los veraniegos nocturnos madrileños tienen el alma musical. Porque hay en el pecho del hombre la misma inquietud indefinida y apremiante, idéntico anhelo voluptuoso que en la atmósfera. No bastan las palabras, ni tampoco el silencio. Como el espíritu no aprendió aún á decir sus nuevas ilusiones de infinito, se entrega al balbuceo divino de las serenatas.

La sonoridad alquilada de los hoteles, la mendicante en bandas ó en solos tragicómicos, y hasta el grillo de tantas ventanas, enferman de ideal al pueblo cortesano. Jesús hubo de hablar con imágenes y parábolas á las gentes rústicas.

Así los nocturnos de Chopin se transforman en armoniosos ruidos callejeros, al alcance del vulgo espeso y municipal.

DIBUJOS DE MARÍN

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ





LA SERENATA DEL DIABLO

*La noche, toda en calma, como un rosal florido
esparce sus fragancias en el aire dormido;
la luna entre celajes se asoma sonriente,
y en el rincón en sombras destie su gemido
como una voz lejana, el chorro de una fuente.*

□□□

*Los viejos olmos tienen caricias misteriosas,
los pájaros se arrullan con mansos aleteos,
buscando para amarse las frondas rumorosas,
y erguidas en sus varas desfallecen las rosas
igual que corazones colmados de deseos.*

□□□

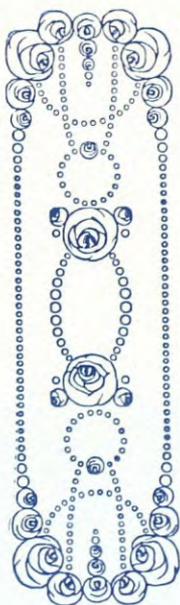
*En lo alto, una ventana se entreabre iluminada,
y tiene entre las sombras un trémulo fulgor;
quizá, tras los cristales, alguna desvelada
por besos no logrados, espera la llegada
del galán que le diga un romance de amor.*

□□□

*El divino romance que escuchan en sus cuitas
las pobres solitarias, las nuevas Margaritas,
de pálidas mejillas y ojeras pasionales,
que saben del encanto de unas horas malditas
y han gustado el hechizo de unas noches nupciales.*

□□□

*Los endiablados versos que en la noche de plata
va diciendo á su oído, como una serenata
de adoradas mentiras, cuando acecha su paso,*



*un Mefisto galante, de vestido escarlata,
de cimbreantes plumas y chapines de raso.*

□□□

*El romance que dice: No es la vida un desierto
de fuentes infecundas y tierras impiadosas,
sin luces deslumbrantes ni flores olorosas;
el amor es la vida, y la vida es un huerto
con rosas que son besos y besos que son rosas.*

□□□

*Corta las más fragantes y engalana tu frente,
tejiendo con los rizos la guirnalda florida
que envuelva como un halo tu rostro sonriente.
Calma tu sed de besos: mis labios son la fuente;
vive: yo soy el ritmo que te dará la vida.*

□□□

*En la tierra y el cielo todo en amor se inflama,
y el infierno es el único lugar donde no se ama;
una santa lo dijo, quizá porque sabía
que era fuego amoroso la inextinguible llama
en que, como una brasa, su corazón ardía.*

□□□

*Tiene el aire fragancias de perfume nupcial,
en el silencio tiembla la endiablada canción,
perdiéndose en la calma de la noche estival,
y acaso la olvidada, que reza una oración
palpitante de amores, recita un madrigal.*

José MONTERO

DIBUJO DE OCHOA

En la sesión de Cortes del 12 de Mayo de 1821, un señor diputado, canónigo de San Isidro, pronunció las siguientes palabras que constan en el tomo XVII del *Diario de las Sesiones*:

«Ayer se hizo mención de los individuos del Resguardo que han cooperado á la destrucción de los facciosos, y no se hizo de los paisanos que, unidos con la columna del Empecinado, han contribuido al exterminio de los mismos, y no sólo exponiendo sus vidas, sino invirtiendo sus caudales. Entre ellos hay un patriota muy distinguido que ha gastado en este objeto miles de pesos y está trabajando en favor del sistema desde el levantamiento de la Isla de León. No conozco un patriota más puro ni que haya hecho más sacrificios pecuniarios; ni encuentro tampoco inconveniente en nombrarle, pues que se halla entre las filas del Empecinado: es DON EUGENIO DE AVIRANETA.»

Van á cumplirse los cien años desde que se pronunciaron frases tan laudatorias para un leal y entusiasta defensor de la Constitución de su época y de lo que después se ha dado en llamar liberalismo. No es absolutamente inoportuno evocar esta figura romántica del hombre que todo lo sacrificó á sus ideales políticos, ahora que ya no se lucha por su triunfo, sino por ruines conveniencias particulares.

Las aventuras caballerescas de D. Eugenio Aviraneta fueron exhumadas por la pluma brillante de Pío Baroja. Pasaron por las páginas de las «Memorias de un hombre de acción» que, en su completo conjunto, ha de constituir un verdadero monumento que inmortalice la época turbulenta de que se ocupa.

No es el de romántico un epíteto pintoresco empleado para calificar á D. Eugenio más por lo que tiene de cacofónico que por lo que pueda ajustarse al carácter de quien presentamos. Romántico, en efecto, fué Aviraneta, confirmándolo el hecho de que en las campañas no consintiera que se le abonasen ninguno de sus gastos ni los devengados por sus guerrilleros; y al final de su vida política, el noble desinterés con que hubo de responder á Isabel II, que, después del Convenio de Vergara, se hallaba dispuesta á concederle cuanto hubiese perdido:

—¡Señora...! Yo estoy pagado con haber engarzado ese brillante más á la corona de España.

¡Signo de los tiempos...! Según han avanzado los años, para hacer las revoluciones ó sostener el fuego sagrado de las ideas, ha sido preciso abrir una cuenta corriente en cualquier establecimiento bancario... y no pedir cuentas...

En 1820 fué llamado por el jefe público de Burgos, D. José Morrin, y en la primera entrevista que con éste tuvo después de encomendarle la persecución de la partida del canónigo Barrio, le hubo de preguntar con qué elementos contaba, y Aviraneta respondió:

—Con mi corazón, que no sabe lo que es el miedo, y con mi potro, que no sabe volver grupas...

Juan Martín Díez, el Empecinado, general en jefe de todos los ejércitos encargados de sofocar la insurrección que amenazaba destruir el poder constitucional, proclamando una vez más el absolutismo de Fernando VII, encontró en Aviraneta un ayudante



EL GENERAL CABRERA



D. EUGENIO DE AVIRANETA



EL CONDE DE ESPAÑA

decidido, un consejero extraordinario y un ejecutor ciego de sus acuerdos y determinaciones. Juntos batieron á la facción del cura Merino (que no fué el que, con el mismo nombre, apuñaló á Isabel II); juntos lucharon en la Miraleja, sorprendidos por el grueso de la facción; juntos, perseguidos por veinte hombres de los enemigos, entraron en los Hoyos, y allí, en sus calles, lucharon al arma blanca, y juntos, en fin, hicieron toda la campaña de 1825. En ella fué nombrado Aviraneta capitán de Caballería, y cuentan que el Empecinado, al firmar el documento, hubo de exclamar:

—¡Lástima no estar autorizado para poner en mi lugar á este bravo!

Y Aviraneta, al enterarse de tal frase, se limitó á rapsodiar:

—¡Lástima que los soldados no estemos autorizados para dar grados á los generales!

Pero este hombre que tan modesto aparentaba ser cuando de sus méritos se trataba, era un

clubes secretos y de las contraseñas. No... Aviraneta fué el intrigante, el político, el fiel al ideal constitucional de toda su vida.

Recibía las inspiraciones de los Gobiernos constituidos y descendía desde los despachos de los Ministerios á las tiendas de los campamentos carlistas, y sin llegar al papel antipático del espía, incompatible con su romanticismo y con su honor, conspiraba en favor de la paz de su patria... ¡Era un conspirador al revés, si vale la frase! Sus gestiones para llegar al famoso abrazo de Vergara lo demuestran.

Tenía D. Carlos su cuartel general en Oñate, y se comprenderá las dificultades que existirían para llegar hasta él. Encargado Aviraneta por el Gobierno isabelino de ver al pretendiente á fin de ofrecerle una paz honrosa, á la que se oponían los generales que le rodeaban, más por interés personal que por entusiasmo por su causa,

hubo de disfrazarse de aldeano vasco, disimulando su edad, que por entonces llegaría á los cuarenta y cinco años. En tal guisa llegó á la residencia del Pretendiente; pasado al cuerpo de guardia manifestó al oficial de servicio de cómo había perdido cuatro hijos, ¡nada menos!, en la facción, y de cómo deseaba llegar á la presencia de D. Carlos para pedirle un señalado favor. Tan veraces fueron sus palabras, con tanta tristeza fueron expuestas, que consiguieron su objeto, y á poco Aviraneta se hallaba en la presencia de quien deseaba.

—¿Quién eres?—preguntó D. Carlos.

—Un mensajero de la reina—respondió, irguiéndose, Aviraneta.

—¡Desgraciado! ¡Ya eres mi prisionero...!

—¡Desgraciado! ¡Ya eres mi víctima!—repuso D. Eugenio, apuntando con una pistola...

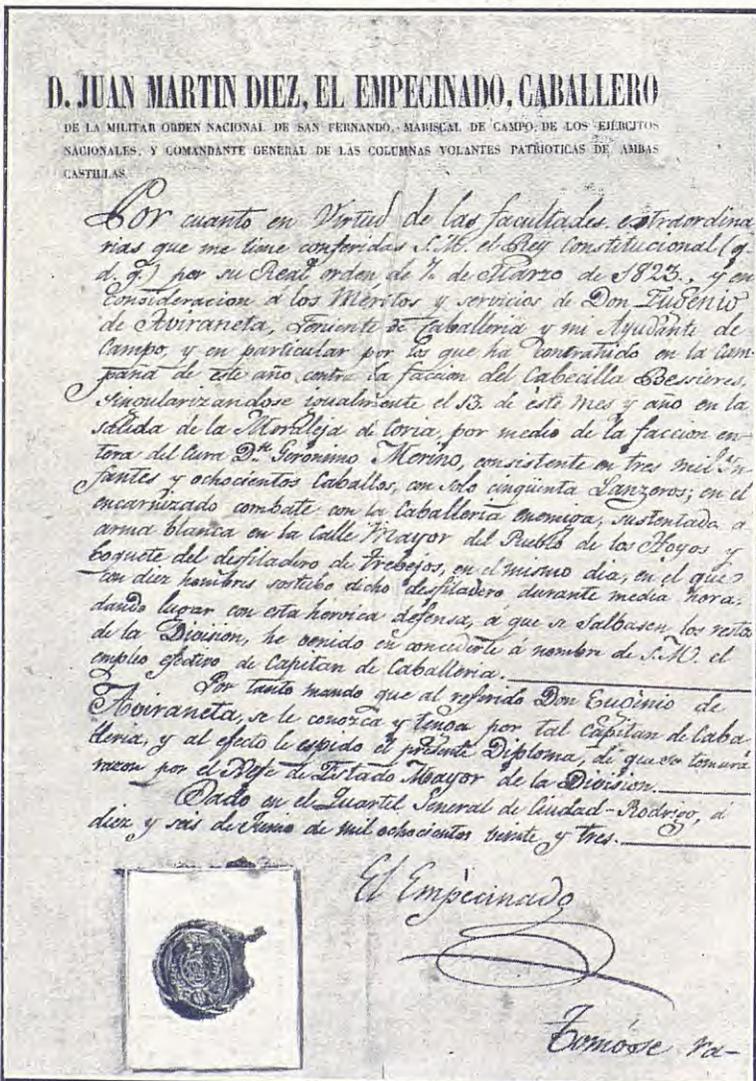
Don Carlos, que siempre fué generoso y caballeresco, y que no estaba exento de valor personal, se dirigió sonriendo á quien así le amenazaba, y sujetándole el brazo, exclamó:

—No temas... Aunque me mataras no matarías mi causa...

—¡Así la mataré!—replicó Aviraneta, haciendo la proposición de la paz, que no fué aceptada, volviendo á salir encorvado y tembloroso aquel hombre que se había jugado la vida y que había tenido á su alcance para borrarla toda una página de la Historia de España.

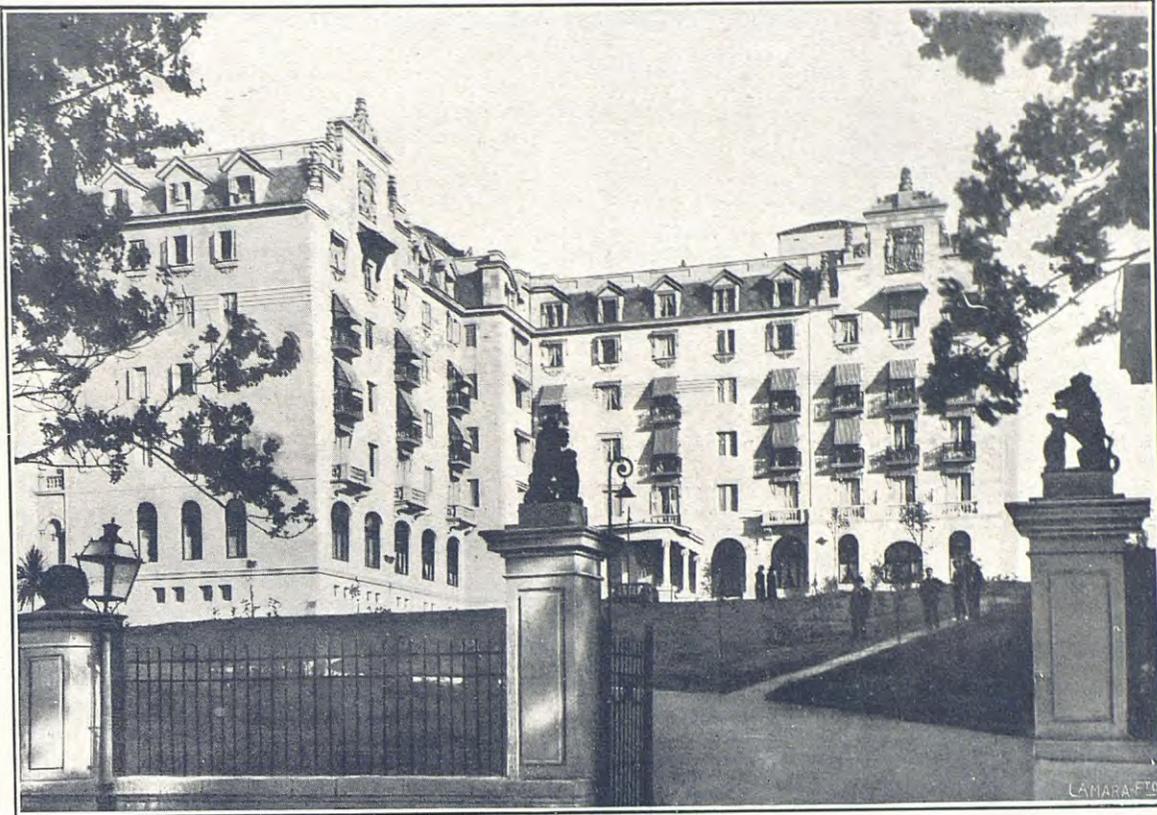
Álvaro, valiente, noble y desinteresado, fué este D. Eugenio de Aviraneta, á quien sin duda los acontecimientos y la falta de hombres de temple como el suyo parece le hacen salir del olvido. Y es que, como el mar, el Tiempo no conserva ninguna de sus víctimas; cuando menos se espera, arroja sus cadáveres á la orilla.

ALVARO DE LARRODER



Autógrafo del Empecinado, confiriendo el título de capitán de Caballería á D. Eugenio de Aviraneta

El Hotel Real de Santander



Fachada Norte del Hotel Real de Santander, recientemente inaugurado

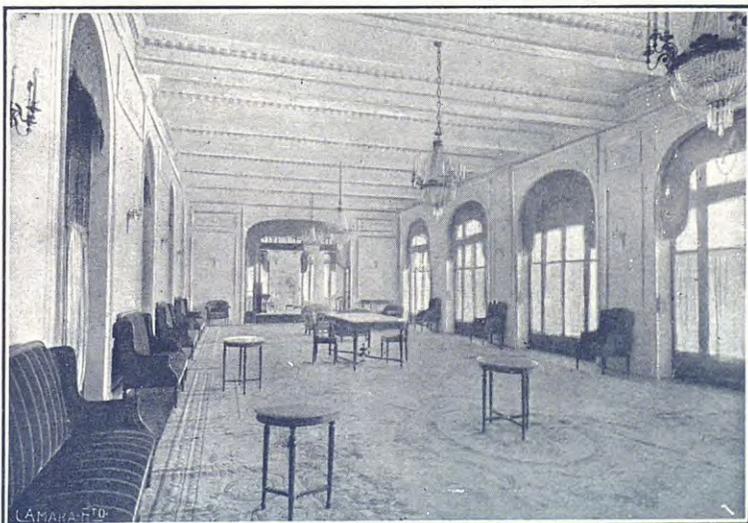
RECIENTEMENTE se ha inaugurado en Santander el Hotel Real, levantado en uno de los lugares más espléndidos de la capital montañesa, con grandes perspectivas de mar y de montañas. A las obras han contribuido con generoso entusiasmo muchos beneméritos montañeses, entre ellos el ilustre marqués de Valdecilla. El nuevo Hotel ha sido abierto bajo los auspicios de Mr. Marquet, á cuyas iniciativas deberá pronto la hermosa ciudad del Cantábrico una vida provechosa y fecunda. En la actualidad ya descubre horizontes amplísimos que los santanderinos deben explorar en beneficio de sus intereses. El Hotel Real tiene ciento veinticinco habitaciones, dotadas de baño y de riquísimo mobiliario. En la planta baja están instalados los salones de recepción. También tiene en cada piso otros lujosos salones para familias, sala para banquetes, res-



Un aspecto de la terraza del Hotel, por la tarde

tauriant, servicios de teléfonos urbano é interurbano, biblioteca, calefacción central y cuantos servicios y comodidades constituyen el agrado y la satisfacción de las personas más exigentes. La terraza que rodea el edificio es un mirador desde el cual se descubre el magnífico panorama de las playas del Sardinero, la bahía y los valles y montañas que la cierran por el Sur.

Como particularidad curiosa, podemos decir que el Hotel Real de Santander no tiene habitaciones interiores. Un parque espléndido rodea todo el edificio, y un taller de lavado y planchado, dotado de todos los adelantos modernos, completa la instalación, en la que no falta un solo detalle. El nuevo gran Hotel ha proporcionado á la capital montañesa extraordinaria animación, que le da el aspecto de las más favorecidas ciudades veraniegas.



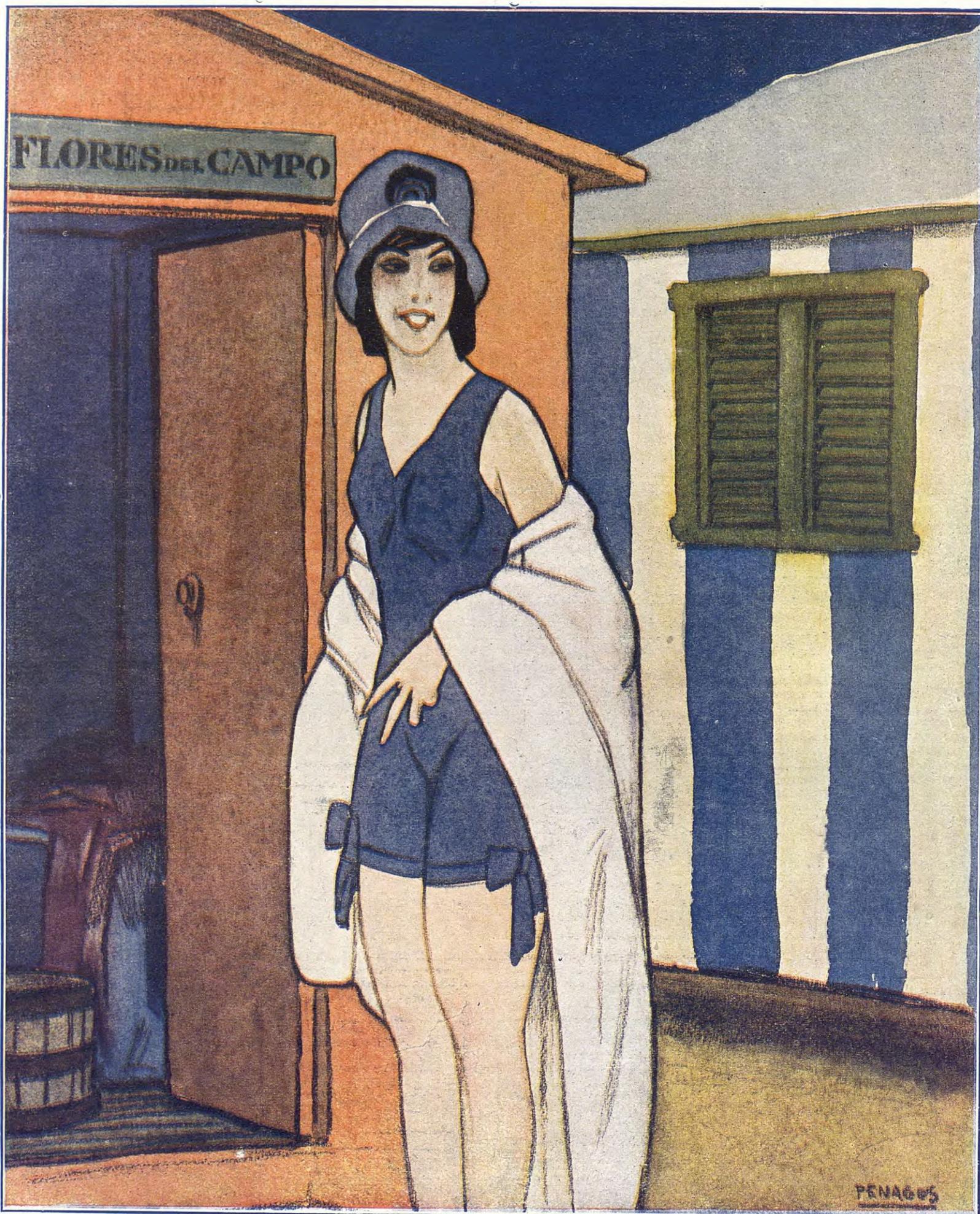
Salón de baile del Hotel Real



Detalle del comedor del Hotel Real

FOTS. ARAUNA

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



PARA VENCER EN AMOR

En la nerviosa costa cantábrica un grupo de alegres muchachitas juega con las olas. Es una divertida lucha acuática, de la que Claudina es general en jefe. ¿No veis cómo sonríe satisfecha? En la contienda femenina de hoy hacen falta tres

cosas para vencer, como en tiempos de Bonaparte; sólo que esas tres cosas de ahora no son *dinero, dinero y dinero*, sino creaciones «**Flores del Campo**», dentífrico **Oxenthol** y desodorante **Sudoral**; y una Patria: la **Perfumería Floralia**.